This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

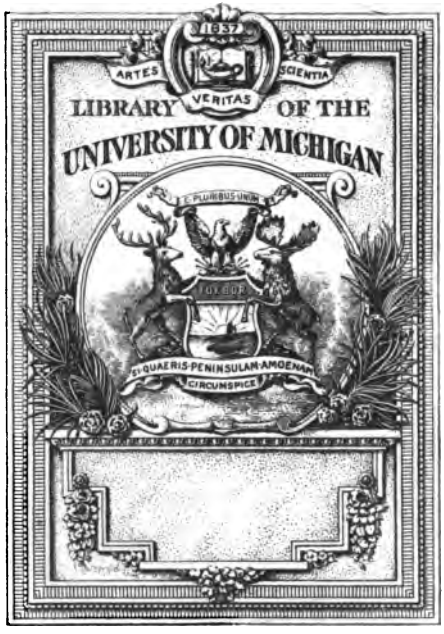
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 488574 DUPL


1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

HV
8675
.N55

1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

HV
8675
.N55

La Pena de Muerte

A. E. SALAZAR I Q. NEWMAN

El anidrido qarbóniqo en algunos loqales zerrados i abitados. (Actes de la Société Scientique du Chile, tomo IV, entrega 5.ª)

Nota sobre la inestabilidad del ázido oqsáliqo disuelto en agua. (Id. id. id.)

El aire en algunas prisiones de Balparaiso. (Id. id. id. tomo V, entrega 1.ª)

A. E. Salazar.—*Qarta al presidente de la Société Scientifique du Chile, sobre ortografía nazional.* Santiago, 1894. Imprenta Erzilla. En 32.

Id. id.—*Informe presentado al Qonsejo Direqtibo de la Qompañía de Gas de Balparaiso, sobre algunos puntos rrelazionados qon la esplotazion de la planta eléqtriqa.* Balparaiso, 1895. Helfmann. En 8.º

Q. Newman.—*Notizias Zientíficas. (Boletin de la Soziedad Nazional de Minería,* 2.ª série, bolúmenes III, IV, V, VI i VII, entregas 38 a 82).

Id. id.—*La etimolojía i la ortografía.* Leqtura dada en el Qongreso Zientífiqo de Balparaiso, febrero de 1893.

Id. Id.—*La Unifiqazion de las Medidas.* Memoria presentada al Qongreso Minero de 1894.

C
J. NEWMAN 53016

NOTAS SUELTAS

SOBRE LA

PENA DE MUERTE

QON UN APÉNDIZE

DE

F. H. BRADLEY

INTITULADO

Algunas Refleqziones sobre el Qastigo

SANTIAGO DE CHILE
Imprenta i Enquadernazion Barzelona
Moneda, 25-G a M

1896

QONTENIDO

	Pájs.
RREFERENZIAS	I

I

Introduqzion.—Ideas i teorías de los qriminólogos modernos.—La berdad zientífiqa.—Las leyes de la naturaleza.—La nozion de justizia.—Sus apliqaziones.—El delito.—Diferentes modos de qonzebir el delito en las dibersas époqas i pueblos.—Ejemplos.—Definizion del delito...	1

re-classed 8-6-31 AUM

La Pena de Muerte

Pájs.

pena de muerte no es un esqarmiento.—Ejemplos i rrefleqsiones.—Objeto de esta pena.—Argumentos pueriles.—Qontradiqziones manifiestas.—La qompasion.—La simpatía.—El ódio al qriminal.—Ataqe a los inozentes.—Qonqlusion..... 61

VI

Rrepetizion de lo ya dicho.—Los sentimientos umanitarios.—La simpatía i la qonmiserazion.—Faqtores qe las disminuyen o suprimen.—Prinzipio de la utilidad.—Ejemplos.—Prinzipio de la semejanza 136

APÉNDIZE.—Algunas rrefleqsiones sobre el qastigo, por F. H. Bradley... 157

RREFERENZIAS

ALIMENA—*I limiti e i modificatori dell'imputabilitá.* Turin, 1893 (Bocca) en 8.°

ANDREWS—*The Increase of Crime by Reformatory Prison.* (Forum), bol. XII, p. 228, oqtubre de 1891.

Appunti al Nuovo Codice Penale. En 8°, Turin, 1889 (Bocca).

AUBRY—*La Contagion du Meurtre.* En 8° Paris, 1894 (Alcan).

BAIN— *Mind and Body.* En 8°, Lóndres, 1878 (Paul).

BAKER—*War with Crime;* edited by Phillips and Verney. En 8°, Lóndres, 1889 (Longmans).

BIANCHI—*Il Romanzo di un Delinquente Nato.* En 12°, Milan, 1893 (Chiesa e Guindani).

BOSCO—*Lo Studio della Delinquenza e la Classificazione dei Reati nella Statistica penale.* En 8°, Roma, 1892 (Tipografia Nazionale).

BRADLEY—*Some Remarks on Punishment.* (International Journal of Ethics, tomo IV, pp. 269-284.) (1)

BRUSA—*Il Nuovo Positivismo nella Giustizia Penale.* En 8°, Turin, 1888 (Unione Tipografica Editrice).

(1) Este trabajo del autor de los «Ethical Studies» i de «Appearance and Reality» forma el apéndize del presente bolúmen.

CARNEVALE—*La Questione della pena di morte.* En 8°, Turin, 1888 (Bocca).

COLAJANNI—*La Sociologia Criminale.* 2 bols. en 16, Catania, 1889 (Tropea).

CORRE—*L'Ethnographie Criminelle.* En 12°, Paris, 1894 (Reinwald).

CHICHKINE—*Du Déterminisme dans ses rapports avec la psychologie mathématique* (Revue Philosophique, tomo 33, p. 229).

D'ADDOSIO—*Bestie delinquenti.* En 16°, Nápoles, 1892 (Pierro).

DE MATTOS—*La Pazzia.* En 8°, Turin (Bocca)

DRAGO—*Los Ombres de Presa.* En 18°, Buenos Aires, 1888 (Lajouane).

DU CANE—*Punishment and Prevention of Crime.* En 8°, Lóndres, 1885 (Macmillan).

DUGDALE—*The Jukes; a study in crime, pauperism, disease and heredity.* 1 bol. en 12°, New York, 1891 (Putnam).

ELLIS—*The Criminal.* En 18°, Lóndres, 1889 (Walter Scott).

FERÉ—*Dégénérescense et Criminalité.* En 18°, Paris, 1888 (Alcan).

FERRERO—*Criminal Festivals.* (Pop. Sci. Month., 43, 758-766).

FERRI—*Delitti e Delinquenti nella Scienza e nella Vita.* En 16°, Milan, 1889 (Treves).

FERRI—*I Nuovi Orizzonti del Diritto e della Procedura penale.* En 8°, Bologna, 1887 (Zanicheli).

FERRI—*La Teoria dell'imputabilità e la Negazione del Libero Arbitrio.* En 8°, Florenzia, 1878 (Barbera).

FERRI—*Sociologia Criminale.* En 8°, Turin, 1893 (Bocca).

FERRI—*Sul nuovo Codice Penale*, con note

di V. Morello. En 16°, Nápoles, 1888 (Pierro).

FERRI.—*L'Omicidio nell'antropologia criminale.* (Omicida nato e omicida pazzo). 2 bols. en 8.° qon atlas antropolójico estadístiqo. Turin, 1895 (Bocca).

FLETCHER—*The New School of Criminal Anthropology.* Adress delivered before the Anthropological Society of Washington. En 8°, Washington, 1891.

FOUILLÉE—*La Liberté et le Déterminisme.* En 8°, 2ª edizion, Paris (Alcan).

FRASSATI—*Diritto Penale o Sociologia Criminale.* En 8°, Turin, 1892 (Bocca).

FRASSATI—*Lo Sperimentalismo nel Diritto Penale.* En 8°, Turin, 1892 (Bocca).

GALTON—*Hereditary Genius.* En 8°, Lóndres, 1892 (Macmillan).

GAROFALO—*Contro la corrente.* En 16°, Nápoles, 1888 (Anflossi).

GAROFALO—*Criminologia.* En 8°, Turin, 1891 (Bocca).

HILLER—*Against Dogma and Free Will.* En 8°, Lóndres, 1893 (Williams and Norgate).

HOLMES—*Heredity and Environment.* («The Arena», Abril de 1894).

Homicide in the United States in 1890. («Journal of the Royal Statistical Society», bol. 55, p. 474).

HYSLOP—*Freedom, Responsibility and Punishment.* (Mind, N. S., bol. III, pp. 167-189).

JOLY—*Le Combat contre le Crime.* En 8°, Paris, 1892 (Cerf).

KRAFFT-EBING—*Le Psicopatie Sessuali.* En 8°, Turin, 1889 (Bocca).

LACASSAGNE—*De la Criminalité chez les animaux.* («Revue Scientifique» del 14 de Enero de 1882).

LAURENT—*L'Anthropologie Criminelle et les Nouvelles Théories du Crime.* En 8°, Paris, 1894 (Société d'Éditions Scientifiques).

LOMBROSO—*L'Uomo Delinquente.* 2 bols. en 8°, Turin, 1889 (Bocca).

MARRO—*Caratteri dei Delinquenti.* En 8°, Turin, 1887 (Bocca).

MAUDSLEY—*The Pathology of Mind.* En 8°, Lóndres, 1879 (Macmillan).

MAUDSLEY—*Body and Will.* En 8°, Lóndres, 1883 (Paul).

MC-DONALD—*Abnormal Man.* En 8°, Washington, 1893 (Bureau of Education).

MACDONALD—*Criminal Contagion.* («National Review», bol. XX, p. 422).

MAC DONALD—*Le Criminel-Type dans quelques formes graves de la criminalité.* En 8°, Lyon, 1893 (Storck).

MILESI—*La negazione del libero arbitrio e il criterio dello giusto.* En 16°, Milan, 1894 (Dumolard).

MOLL—*Les Perversions de l'Instinct Genital.* En 8°, Paris, 1893 (Carré).

MORGAN—*The Springs of Conduct.* En 8°, Lóndres, 1892 (Arnold).

MORRISON—*Crime and its Causes.* En 8°, Lóndres, 1891 (Sonneschein).

MORRISON—*The Study of Crime.* (Mind, bol. I, p. 489, Oqtubre de 1892).

MORSE—*Natural Selection and Crime.* (Pop. Sci. Month., 41, 433-446).

PAULHAM—*La Responsabilité.* («Revue Philosophique», tomo 33, pp. 385–412 i 503–518).

PINSERO—*Nuovi studi sul problema della responsabilitá penale.* En 8°, Palermo, 1894 (Clausen).

PROAL—*Le Crime et la Peine.* En 8°, Paris, 1892 (Alcan).

PUGLIA—*L' Idea del Diritto nella Filosofia Scientifica.* («Rivista di Filosofia Scientifica», tomo II, p, 591).

PUIBARAUD—*Les malfaiteurs de profession.* En 18°, Paris, 1894 (Flammarion).

RASHDALL—*The Theory of Punishment.* («International Journal of Ethics», bol. II, Oqtubre 20 de 1891).

RIBOT — *L'Hérédité Psychologique.* En 8°, Paris, 1894 (Alcan).

ROMANES—*Mental Evolution in Animals.* En 8°, Lóndres, 1883 (Paul).

ROMILLY - *The Punishment of Death.* En 8°, Lóndres, 1886 (Murray).

Science and Crime. (Lyceum, bol. III, p. 278).

SCHINK—*Morale et Déterminisme.* («Revue Philosophique de la France et de l'Étranger», bol. 39, pp. 57 a 75).

SCHOPENHAUER—*Essai sur le Libre Arbitre*, traduit et annoté par Salomon Reinach. En 18°, 3ª edizion, Paris (Alcan).

SERGI—*Le Degenerazioni Umane.* En 8°. Milan, 1889 (Dumolard).

SETH—*The Theory of Punishment* («International Journal of Ethics», bol. II, p. 232, Enero de 1892.

SPENCER—*Prison Ethics:* en el bol. III de sus *Essays Scientific, Political, and Speculative.* En 8°, Lóndres, 1891 (Williams and Norgate).

SPENCER—*Justice:* being part IV, of the *Principles of Ethics.* En 8°, Lóndres, 1891 (Williams and Norgate).

SPENCER—*The Ethics of Social Life.* En 8°, Lóndres, 1893 (Williams and Norgate).

STETSON—*Pardon of Criminals: a Case of Social Myopia.* (Andover Review, bol. 19, p. 421).

TALLACK—*Penological and Preventive Principles.* En 8°, Lóndres, 1889 (Lea and C.°)

TARDE—*Criminalité et Santé Sociale. (Revue Philosophique*, bol. 39, pájs. 148 a 162.)

TARDE—*De l'Atavisme Morale.* («Archives d'Antropologie Criminelle», 15 de Mayo de 1889).

TARDE—*Études Pénales et Sociales.* En 8°, Lyon, 1892 (Storck).

TARDE—*La Criminalité Comparée.* En 8°, Paris, 1891 (Alcan).

TARDE—*La Philosophie Pénale.* En 8°. Paris, 1891 (Masson).

TARDE—*Positivisme et Pénalité.* («Archives

d'Anthropologie Criminelle et des Sciences Pénales», tomo II, 1887, pp. 32-51).

TUKE—*Influence of Body on Mind.* En 8°, Lóndres, 1884 (Churchill).

VENTURI—*Le Degenerazioni psico-sessuali nella vita degli individui e nella Storia della Societá.* En 8°, Turin, 1892 (Bocca).

WILSON—*Criminal Anthropology.* («Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution», pp. 617-686). En 8°, Washington, 1891 (Government Printing Office).

WILLOUGHBY—*The Criminal Responsibility of the Insane.* («Jur. Review», bol. II, p. 220).

ZIMMERN—*Reformatory Prisons and Lombroso's Theories.* (Pop. Scie. Month. 43, 598-609).

ZUCCARELLI—*Degenerazioni, pazzia e delitto.* En 16°, Nápoles, 1893 (Tocco).

NOTAS SUELTAS

SOBRE LA PENA DE MUERTE

I

> **La qlemenzia es tan benéfiqa para el qriminal qomo perjudizial para el inozente: perdonar al primero es qastigar al segundo.**

Una qostumbre establezida obliga a disertar sobre el tema en debate a todos aqellos qe qon su boto an qontribuido a

azerlo triunfar en la eleqzion. Por este motibo, debo esta noche dezir algunas palabras toqantes a la pena de muerte; i qomo en absoluto qarezqo de qonozimientos qriminolójiqos, e qreido qe lo úniqo qe mis aptitudes me permitian azer era un rresúmen de las ideas zientífiqas qe imperan oi qon rrespeqto a la pena de muerte. Para qonfeqzionar las Notas qe a qontinuazion boi a leer (1), me e balido de los trabajos enumerados en la bibliografía qe enqabeza estas líneas.

Ántes de entrar a oquparme de los argumentos aduzidos por los partidarios

(1) Estas Notas fueron leidas en una sesion del Ateneo de Balparaiso.

de la abolizion de la pena de muerte, me a parezido pertinente azer brebe i superfizial rresúmen de las ideas i teorías sustentadas por los qriminólogos modernos qe, rrompiendo qon tradizionales i arraigados prejuizios, an zimentado el estudio del delito i su rrepresion sobre los datos positibos de la zienzia qontemporánea, qamino qe, qomo nadie lo duda oi, es el úniqo qe qonduze al qabal qonozimiento de la berdad.

I qabe insistir aqí, de aquerdo qon el eminente autor de la *Gramátiqa de la Zienzia*, en qe por berdad zientífiqa no debe entenderse algo rreal, eterno i absoluto, un prinzipio inmutable, qomo piensan algunos, sino una afirmazion puramente subjetiba qe qomprende i enla-

za una série de fenómenos i qumple asimismo qon ziertas qondiziones de sequelas inteleqtuales. Lo qe llamamos leyes del uniberso o de la naturaleza i prinzipios zientífiqos fundamentales, no son otra qosa qe espezies de rresúmenes en taqigrafía mental, qe rreemplazan para nosotros una larga desqripzion de las sequelas qe eqsisten entre nuestras impresiones sensuales. Una lei de la natuleza es un simple produqto de la intelijenzia umana, qe fuera de ella qareze de eqsistenzia rreal: es un produqto de la faqultad qreadora del zerebro del ombre, quya inmutabilidad solo depende de la rrelatiba inbariabilidad de nuestras perzepziones. Las leyes de la natu-

raleza se inbentan, no se desqubren (1).

Echa esta obserbazion, qe podria parezer estraña al tema en debate, pero qe tiene gran importanzia, puesto qe fija el alqanze qe debe darse a lo qe se llama una demostrazion zientífiqa, pasaremos desde luego a definir la nozion de justizia, qe tiene un balor qapital en tratándose de una materia qomo la de qe esta noche nos oqupamos. La fórmula de la

(1) Prof. KARL PEARSON. *The Grammar of Science,* qapítulo III. 1 bol. en 18, Lóndres, 1892 (Walter Scott). Esta obra, qe a dado lugar a tantas disqusiones entre los pensadores ingleses, es una de las mas importantes i orijinales qe sobre materias filos ófiqas se an publiqado en estos últimos tiempos.

justizia, dize Spencer (1), puede espresarse, de un modo preziso, diziendo qe es la libertad qe todo ombre tiene de azer lo qe qiera, qon tal de no atropellar la idéntiqa libertad qe tienen los demas ombres. Prinzipio es este qe tiene su qorolario, mas interesante en el qaso presente, en la afirmazion de qe todo indibíduo debe rrezibir los benefizios i los perjuizios qe qorrespondan a su propia naturaleza i a la qonduqta qe de ella lójiqamente se siga.

Semejante afirmazion lleba enbuelta la idea de desigualdad, ya qe bariando las naturalezas de los indibíduos, i por lo

(1) *Justice,* part. VI, *of the Principles of Ethics,* párrafo 27.

tanto sus maneras de qonduzirse, qlaro está qe los benefizios i perjuizios qe les sobrebengan an de ser tambien desiguales i proporzionales a ellas. Pareze qe sobre este punto no qabe disqusion.

De aquerdo qon este prinzipio, todo aqel qe, aziendo uso de su aqtibidad, atropella la libertad de otro i le infiere un daño, debe esperar qe le sobrebenga un mal. Por el qontrario, si en el ejerzizio de esa misma aqtibidad no atropella la libertad de nadie, ni ménos le qausa daño, no debe esperar qe le sobrebenga mal alguno.

La alterazion de estas qonsequenzias es lo qe llamamos un aqto injusto, i al autor de él un delinquente, en el sentido mas lato de la palabra. Delineado así el

qonzepto de justizia, qomo tambien insinuado el de delito, inútil pareze insistir en la subjetibidad de ámbas noziones, qe an bariado qon el trasqurso del tiempo i qe a bezes son opuestas de un pueblo a otro pueblo. Baste, para rrefresqar la memoria de los oyentes, qon zitar en apoyo de esta berdad algunos echos qonfirmatorios.

El asesinato es un plazer para el ombre primitibo, tal qomo aqonteze qon el indíjena de Jaba, qe se zerziora de la buena qalidad de su puñal undiéndolo en las entrañas del primer ombre qe enquentra en su qamino (1).

---

(1) Ferrero. *Criminal Festivals* (Pop. Sci. Month. bol. 43, páj 758)

En algunos pueblos el omizidio no es una aqzion digna de zensura. Matar a los anzianos inútiles para el trabajo era un deber entre los esqandinabos, sardos i masajetas; oi todabía lo es para los abitantes de Sumatra, de Qamchaqa, de la Nueba Qaledonia i para algunas tribus de esqimales.

Los zulúes i los qafres qonsideran qe dar muerte a un indibiduo de otra tribu, para despojarle de lo qe lleba qonsigo, nada tiene de bituperable. Aun mas, el omizidio es una obligazion en ziertos qasos. Lander rrefiere qe un australiano perdió a su mujer a qausa de una enfermedad, i qe por este motibo se enqontró en la nezesidad de tener qe matar a una mujer de otra tribu enemiga, para así proqurar

rreposo al espíritu de la difunta. Qonozido de la autoridad inglesa su designio, se le amenazó qon rreduzirlo a prision si persistia en su propósito: el temor del qastigo le qontubo. Pero en su qonzienzia se libraba una batalla moral, i el rremordimiento no le dejaba un momento de rreposo; i se puso triste i su aniqilamiento físiqo era notable. Al fin un dia, obedeziendo úniqamente a la boz del deber, uyó. Algunas semanas despues rregresaba qontento i satisfecho, pues abia qumplido qon una de las mas sagradas obligaziones de los de su rraza: la mujer de la tribu enemiga estaba muerta (Maudsley, *Pathology of Mind).*

Los qristianos de los primeros siglos qonsideraban qe las puertas del zielo

estaban zerradas para los qe iban a la gerra, por mas nezesaria qe ella fuese. El soldado no podia entrar al templo i ser admitido a la santa qomunion, sino despues de aber echo penitenzia para purifiqarse del peqado de aber derramado la sangre del prójimo. Qlemente de Alejandría, Tertuliano, Oríjenes, Laqtanzio i San Basilio así lo enseñaban; i la iglesia qatóliqa benera todabía a San Maqsimiliano mártir, qe prefirió dar su bida ántes qe ser soldado i tener qe derramar la sangre de sus semejantes en los qampos de batalla.

Si Dioqleziano persigió qon tanta qrueldad a los qristianos durante su gobierno, fué prinzipalmente porqe ellos sostenian qe la gerra era una ofensa a

Dios, i la muerte dada en la pelea análoga a un omizidio (1).

Sin embargo, poqos siglos despues, los obispos bendezian a los qruzados, eqsortándoles a la gerra, qomo oi bendizen los estandartes de nuestros rejimientos, i qoloqan en nuestras iglesias trofeos de batallas qubiertos de sangre. San Basilio qreia qe un berdadero qristiano ofendia a su Dios peleando en el qampo de batalla; oi los sazerdotes qristianos ban a los qampos de batalla i, en nombre de ese mismo Dios, inzitan a los soldados a la matanza.

---

(1) Lecky. *History of European Morals,* bolúmen II, pájs. 140, 145 i 248. Lóndres, 1890 (Longmann, Green and C.o)

La esqlabitud, qe para los antiguos i tambien para los modernos, asta aze poqos años, era perfeqtamente legal i justa, a dejado de serlo para nosotros.

La prostituzion de qaráqter rrelijioso i zibil en algunos pueblos antiguos, seria qonsiderada oi qomo un qrímen.

El matrimonio entre ermanos i entre padres e ijos, proibido i qastigado por nuestras leyes qual si fuese un qrímen, estaba legal i sozialmente aprobado entre los medos, fenizios, ejipzios, peruanos, etz., (1).

El amor platóniqo o por el mismo seqso, estudiado prolijamente por Krafft-

(1) Béase: HUTH. *The Marriage of Near Kin*, en 8.º, Lóndres, 1887. (Logman).

Ebing, Moreau de Tours, Charcot, Moll i otros, qe en nuestros dias es rrepugnante para la mayoría, no solo era tolerado en Grezia i Rroma, sino enzalzado por sus prosistas i qantado por sus poetas. Sóqrates i Platon, Augusto i Birjilio, Zésar i Alejandro, los gerreros de las Termópilas i zentenares de filósofos fueron sus adeptos. I basta leer algunos diálogos de Luziano, qomo aqel entre Lizinio i Teomneste; el libro XIII de los Deipnosofistas de Ateneo; el Satiriqon de Petronio; el idilio XII de Teóqrito, o el Banqete de Platon para qonbenzerse del profundo abismo moral qe nos separa de aqellos pueblos qe, qomo Aténas, erijian estátuas a Armodio i a Aristojiton.

La gloria del gerrero i la profesion de

soldado, tan alabadas i rrespetadas por la mayor parte de la umanidad, son qonsideradas por algunos qomo el último grado de abyeqzion a qe puede llegar la espezie umana, pues nada puede imajinarse de mas bil qe el ombre qe gana su bida alqilándose para asesinar a sus semejantes en el momento en qe mas utilidad i probecho se puede saqar del qrímen (1).

Nadie ignora qe existe una seqta qe, de aquerdo qon su qonzepzion del progreso, trata de suprimir la familia i la nazionalidad; para la qual el patriotismo

(1) Hamon. *Psychologie du Militaire Professionnel*, en 18.º Bureau de la Revue Socialiste, Paris 1894.

es una abusion de los tiempos pasados; i la propiedad pribada i el qapital una de las mas grandes injustizias (1). I es de adbertir qe si bien es zierto qe los qe tales ideas tienen i tales doqtrinas prediqan son oi solo unos quantos millones, no lo es ménos qe mañana serán dueños del mundo por su número; i entónzes aqellos qe azeptan qomo dogma de fé qe la mayoría siempre tiene rrazon i qe la berdad i justizia de un prinzipio se aqilatan por el número de sus adeptos, tendrán forzosamente qe admitir la bondad de estas ideas i qe reqonozer lo berdadero de estos prinzipios.

---

(1) Karl Marx. *Das Kommunistische Manifest*, 1847.

I si, abandonando estos qapitales prinzipios morales, deszendemos a las futilidades de las rreglas soziales, notaremos tambien esa misma bariabilidad, ese mismo proteismo de lo permitido i lo proibido. La forma del traje, el qolor de la qorbata o de la botina, las dimensiones del sombrero, etz., etz., están rreglamentadas por la etiqeta de qada pais qon suma minuziosidad i estriqtez. Una qorbata blanca o una botina amarilla pueden qonstituir delito, segun la posizion de la tierra en el espazio: lo bueno al salir el sol es lo malo quando ya se a oqultado.

Los 160 millones de musulmanes qonsinderan qe uno de los peqados mas grabes de los qristianos qonsiste en qo-

mer qarne de zerdo, el animal inmundo.

Los bolibianos qreen qe los enqargados de negozios tienen qe ser blanqos i rrubios; i qe si les falta esta qondizion, el pais qe los rrezibe se desonrra i degrada (1).

---

(1) Los Estados Unidos nombraron enqargado de negozios en Bolibia a Mr. C. H. J. Taylor, qaballero qe no tenia la piel blanqa. Este echo produjo gran alarma entre los pobladores de aqella nazion sud-ameriqana, i el gobierno bolibiano deqlaró, el 18 de diziembre de 1893, qe la falta de blanqura de Mr. Taylor era «una emerjenzia qe qon rrazon qonsideraba *depresiba para la nazionalidad bolibiana.*» Las qualidades morales e inteleqtuales de Mr. Taylor no tenian la menor importanzia, qomparadas qon la qolorazion de su piel. (Béase *La Libertad Eleqtoral*, número 2,323, Bolibia, Inzidente Diplomátiqo.)

Para el judío es una falta de rrespeto a Dios el qitarse el sombrero en la sinagoga; el chino qonsidera una grabe demostrazion de impiedad el bestir de negro por la muerte de un pariente; para el turqo una mujer qe desea ser rrespetada no debe esqotarse ni bailar en públiqo; el japones asta aze poqo no usaba el tenedor i el quchillo en la qomida, por proibírselo la buena eduqazion.

Pero qon los ejemplos apuntados, i qon los mil otros qe aqudirán a buestra memoria, basta i sobra para probar qe las ideas de falta i delito qarezen en absoluto de fijeza, son oszilantes i eminentemente bariables i rrelatibas; i natural es qe lo sean, desde qe los prinzipios de

qe arranqan son igualmente bariables i rrelatibos.

Imposible será, pues, dar una definizion absoluta i fija de la nozion de delito, i podrá solo dezirse, sigiendo a Garofalo, qe siempre qe se lesione alguno de aqellos sentimientos o ideas mas profundamente arraigados en la mente de los ombres o indibíduos de un organismo sozial, sentimientos qe suelen llamarse sentido moral de un pueblo, podremos dezir qe ai delito.

II

De aquerdo qon esto, el delito es un echo qe perturba la qonzienzia moral de

una soziedad, mediante una ofensa inferida a los sentimientos altruistas i fundamentales de ella; de modo qe será preziso qe el delinquente qarezqa de algunos de estos sentimientos, o de todos ellos, ya qe no abria perpetrado el delito a no estar en ese preziso momento pribado de ellos. Aora bien, qomo estas maneras de sentir son aqellas sobre las qe desqansa la moralidad de un pueblo moderno zibilizado, resulta qe su ausenzia en algunos indibíduos los aze inqompatibles qon la bida de la soziedad. Es obbio, por otra parte, qe si la moralidad rrelatiba qonsiste en la adaptazion del indibíduo al medio ambiente, qien qarezqa de sentimientos altruistas se allará imposibilitado para adaptarse a dicho medio i

poder bibir en él, qon tanta mayor rrazon quanto qe dichos sentimientos son prezisamente aqellos qe el organismo sozial qonsidera esenziales i eqsije impreszindiblemente qe los posean todos los indibíduos de la qomunidad.

Igual qosa aqonteze, aunqe en menor proporzion, en una de esas esferas de aqtibidad en las qe se rreqiere un sentimiento mas deliqado i fino de la moralidad, i en las quales el pundonor, la deliqadeza i la amabilidad qorreqta, son la norma de qonduqta de los qe en ellas se mueben. El indibíduo qe no posea estas dotes no estará adaptado a semejante medio i no podrá persistir en él, del mismo modo qe el qriminal no puede persistir en la soziedad. Qien desee ser

miembro del qlero nezesitará tener sentimientos rrelijiosos i estar dotado de aspiraziones místiqas; para ser soldado se rreqiere amar al pais qe se ba a defender i, mas qe eso, tener afizion a la gerra. Muchos indibíduos ai qe qarezen de patriotismo i de sentimientos rrelijiosos, sin qe en ellos esto qonstituya delito, qomo lo qonstituiria en un sazerdote o en un soldado. En estos qasos, i en todos los demas, la delinquenzia del aqto está subordinada a las qondiziones del medio sozial en qe se bibe. El marino qe al menor baiben de su nabe se siente ataqado por el mareo, i el zirujano qe esperimenta inbenzible rrepugnanzia a la sangre i a qien la bista del dolor físiqo turba i qonmuebe, son indibíduos ámbos inqa-

pazes de adaptarze al medio en qe tratan de ejerzer su aqtibidad, e imperfeqtos i anormales desde el punto de bista de sus rrespeqtibas profesiones.

Qien no puede estar en qontaqto qon los ombres sin tratar de inferirles algun daño, ya sea despojándoles de lo qe les perteneze, destruyéndoles sus bienes o qitándoles la bida, es un indibíduo imperfeqto i anormal, quyo organismo moral tiene lagunas i defizienzias análogas a las qe se obserban en el organismo físiqo. El ziego, el sordo, el mudo, etz., son en el dominio de lo físiqo lo qe el asesino, el ladron i el embustero son en el dominio siqolójiqo.

Mas aun, estas defizienzias mentales, qausas primordiales del delito, tienen su

rrebelazion esterna en numerosos qaraqteres anatómiqos, qe, estudiados qon febril aqtibidad por los qriminólogos qontemporáneos, an qonduzido al establezimiento del tipo llamado qriminal. Las asimetrías del qráneo i de la qara; la desigualdad de las pupilas; la implantazion de las orejas; la direqzion de la nariz; el desarrollo anormal de la arqada zigomátiqa i de las mandíbulas; la frequenzia de las alterazionęs patolójiqas del zerebro i de otros qaraqteres, qe son signos de una inferioridad morfolójiqa e istolójiqa de este órgano; la inferioridad sensitiba para el dolor, probada por las medidas esfimográfiqas, i tantos otros signos de dejenerazion físiqa i mental, estudiados en qonjunto i en detalle, permiten

afirmar, sin lugar a duda, qe eqsiste el tipo qriminal. Toqante a este punto, insiste Ferri en su *Sociologia Criminale* en la mucho mayor frequenzia qon qe los qráneos de los ladrones i asesinos, qomparados qon los de los ombres onrrados, presentan anomalías atábiqas i patolójiqas. (1)

(1) La estraordinaria frequenzia qon qe los qriminales se qubren el querpo de figuras, emblemas, etz., para lo qual tienen qe, someterse a la dolorosísima operazion del *tatuaje,* es una prueba mas de su rrelatiba inferioridad síqiqa i de su semejanza qon los salbajes, qe, qomo se sabe, son en estremo afizionados a deqorarse la piel por este medio.

(Béase: Baer *Tatouage des Criminelles*; i Daguillon *Contributions à l' Etude du Tatouage chez les aliénée, Archives d' Anthropologie Criminelle de Criminologie et de Psychologie Normale et Pathologique*, bol. 10, pp. 153-199.)

Por no agotar la pazienzia de los oyentes, no me detendré a demostrar qon datos estadístiqos la eqsaqtitud de esta afirmazion. Pero baste qon dezir qe antropólogos i qriminólogos qomo Corre, Despine, Ferri, Garofalo, Lombroso, Maudsley, Marro, Tarde, Thomson i, en una palabra, qasi todas las eminenzias de la qriminolojía qontemporánea, rreqonozen i azeptan la eqsistenzia de las anomalías físiqas del delinquente.

Podrá aber puntos controbertibles i controbertidos, qomo en realidad los ai; podrá una esquela dar mayor o menor importanzia a tales o quales qaraqteres qranolójiqos; qabrá disqusion azerqa de la signifiqazion de ziertas anomalías zerebrales; pero qe el tipo qriminal eqsiste

es un echo zientífiqo qe no admite duda.

Para lo que esta noche disqutimos, no tiene gran importanzia saber si, qomo lo qiere Lombroso, el qriminal es un indibíduo en qien, por un prozeso de atabismo o rrebersion, an buelto a rreaparezer los qaraqteres del ombre primitibo i salbaje; o bien si por dejenerazion, qomenzado qon un abuelo neurasténiqo i sigiendo qon un padre alqoóliqo i sifilítiqo, se a llegado a un ijo asesino. Lo úniqo importante es qe el qriminal naze i no se aze, segun la espresion de Maudsley, i qe sus proqlibidades no se armonizan qon las del rresto de los ombres, mas adelantados qe él en la eboluzion moral i mas aptos para bibir en soziedad.

Ante la zienzia, el delinquente es un

ser imperfeqto, un enfermo, un deseqilibrado; la delinquenzia una neurósis, qomo la dipsomanía, o una aberrazion moral de la misma qategoría qe las aberraziones del sentido jenésiqo.

I ántes de prosegir, qonbiene poner de manifiesto qe, aun en el qaso de qe se niege de una manera terminante la eqsistenzia del tipo qriminal desde el punto de bista antropolójiqo, abrá siempre qe admitir qe los qriminales tienen un modo de pensar, de sentir i de rrazonar qe les es pequliar; no se podrá negar tampoqo el estado de insensibilidad moral del delinquente, qe se rrebela por una ausenzia qompleta de rrepugnanzia ante la idea del qrímen i de rremordimientos despues de perpetrado éste; no se podrá

asimismo poner en duda la parálisis parzial de su boluntad, qe lo asemeja al niño i al salbaje, i le impide gobernar sus deseos o qombatir qontra las nozibas influenzias de un medio ambiente qorrompido.

Estos qaraqteres, qomunes a los qriminales de todos los paises, permiten perfeqtamente establezer una línea de separazion entre ellos i los demas ombres onrrados.

Digna de qomparar es esta rreqalzitranzia de algunos para admitir qe las inqlinaziones e instintos qriminales del ombre tienen qaraqteres anatómiqos qorrespondientes, qon la fazilidad qe esas mismas personas tienen para azeptar la eqsistenzia de este fenómeno en los de-

mas animales, de quyo qaráqter agresibo o pazífiqo, tranqilo o inqieto, se prejuzga qon solo qontemplar su fisonomía.

Rresultaria, pues, de todo lo dicho qe si el tipo antropolójiqo del qriminal no eqsistiese, qedaria siempre en pié el tipo siqolójiqo, tan fázil qomo el otro, de ser rreqonozido.

III

Para muchos será estraño qómo, partiendo de estos datos, qe rreqonozen en el qriminal a un indibíduo qontraecho físiqa i moralmente, se puede llegar a sostener rrazonablemente qe el delin-

quente puede i debe ser qastigado, i aun qondenado a muerte.

Fázil espliqazion tiene esta estrañeza, si se rrequerda qe la qonzepzion teolójiqa del qastigo es la qe domina qomo dueña i señora en el qriterio de qasi todos los ombres, aun de aqellos qe presumen de irrelijiosos i librepensadores, i qe, sin embargo, rrechazan mui a menudo las qonqlusiones positibas de la filosofia zientífiqa i se inspiran en doqtrinas qe arranqan de un mal entendido umanitarismo i de una qaridad deqlamatoria.

Pero, lo qe talbez difiqulta mas la marcha de la qriminolojía zientífiqa i mas protestas lebanta qontra sus afirmaziones, es la qreenzia en el libre albe-

drío, tal qomo lo enseñan i defienden los metafísiqos. Segun esta esquela, el ombre es absolutamente libre de prozeder qomo qiera i puede pensar i sentir segun se lo diqte su boluntad independiente; lo qe eqibale a dezir qe el *yo* se determina a sí mismo i qe el qaráqter no es el rresultado de una série qasi infinita de echos anteriores i sub-qonszientes. Dentro de esta ipótesis de la libertad moral, qe, entre paréntesis, quenta oi qon poqísimos defensores, nada de notable o de inqomprensible tiene el qe dos ombres de idéntiqo temperamento i qaráqter, qoloqados en idéntiqas zirqunstanzias i solizitados por móbiles idéntiqos, prozedan de maneras qontrarias.

Pero, para azeptar tal qosa, ai qe qreer en la berifiqazion de un milagro perpétuo, qomo seria en rrealidad la eqsistenzia de un aqto o fenómeno zerebral no sometido a las leyes jenerales del uniberso; de un mobimiento sin qausa, qe no seria el rresultado de qondiziones anteriores qe lo determinasen. Los aqtos del indibíduo serian, de aquerdo qon esto, el rresultado de un *yo* independiente de la naturaleza; el qaráqter, es dezir, esa série de determinaziones i normas de qonduqta pequliares a qada indibíduo, no serian tampoqo el rresultado del organismo ni la qonsequenzia de una suma dada de faqtores fisiolójiqos. Las ideas i los sentimientos, qe qambian i se trasforman bajo la influenzia de unos quan-

tos gramos de alqool, o de solo un zentigramo de morfina; la boluntad qe se aniqila i la memoria qe se osqureze despues de una qontusion zerebral, serian insondables misterios dentro de la teoría del libre albedrío.

Pero ai algo mas todabía: si el qaráqter i las tendenzias morales obedezen a qausas irreduqtibles, no ai qómo espliqar i qonzebir esa lei jeneral de la erenzia siqolójiqa, a la qual obedezen todos los organismos, i quyo qonozimiento perfeqto a permitido formar las dibersas rrazas i bariedades de plantas i animales doméstiqos útiles al ombre. La qompleta qonfianza qe tenemos en la dulzura de qaráqter i la simpatía qe nos inspiran ziertos animales, así qomo las

antipatías qe sentimos por otros a qausa de su índole perbersa i dañina, simpatías i antipatías qe, qon justa rrazon, se estienden a todos los millones de indibíduos qe qomponen la espezie, arranqan de nuestra íntima qonbiqzion de qe las qualidades morales son úniqa i esqlusibamente manifestaziones de la estruqtura anatómiqa del organismo, i qe junto qon ésta se trasmiten por erenzia de jenerazion en jenerazion qon sorprendente fidelidad i persistenzia.

I esto qe en los animales es tan bisible, es aun mas rresaltante en el ombre, debido al gran desarrollo qe en él an alqanzado las funziones zerebrales; de tal modo qe sus inqlinaziones, sus gustos, sus aptitudes, sus qualidades i sus

defeqtos, no son obra de él, qomo la doqtrina espiritualista lo qiere, sino qe pertenezen a la espezie, a la rraza i a la familia. Nadie mejor qe Galton i Ribot a imbestigado estos fenómenos de la erenzia siqolójiqa i manifestado su gran traszendenzia.

Rresumiendo se puede dezir qe miéntras la anatomía del zerebro i del sistema nerbioso eran desqonozidas, los filósofos podian ablar del libre albedrío qomo de algo demostrable, i qe tenia una existenzia rreal; pero desde el momento en qe se llegó a probar qe la intelijenzia es el produqto de ese deliqado meqanismo qe llamamos zerebro, meqanismo qe está sometido a la influenzia de los estímulos qe del mundo esterno rrezibe al

trabes de los sentidos; desde ese momento, dezimos, ablar de la boluntad qomo de un ajente independiente en nuestros prozesos mentales era tomar una palabra por una qosa. Muébese el ombre en todas direqziones impulsado por los ajentes esternos qe obran a su bez sobre una organizazion qe a eredado de sus padres, i sobre la qual no tiene el menor imperio. Las fuerzas qe le gobiernan son tan numerosas qomo sutiles; algunas bisibles i demostrables, otras puramente ideales; muchas ereditarias e inqonszientes, pero todas ellas qonspirando a la produqzion de lo qe llamamos la boluntad, la qual, al fin i al qabo, no es otra qosa qe la rresultante de todas ellas.

Por eso los aqtos boluntarios son tan independientes de estas fuerzas qomo los mobimientos de una jiraldilla son independientes del biento o las notas de un instrumento músiqo del ejequtante qe las proboqa. No ai, pues, eqsajerazion en dezir qe el rrechazo del determinismo filosófiqo qonduze a un absurdo qe los impugnadores de él se an bisto obligados a belar por medio de qonsideraziones espiritualistas i de distinsiones pueriles i qimériqas entre el ombre i los otros animales.

Si el determinismo permite espliqar satisfaqtoriamente todos los echos siqolójiqos obserbados, qoloqándolos en una misma qategoría de qonsequenzias, nadie puede lójiqamente rrechazarlo, ya

qe nada mas puede eqsijirse de una ipótesis zientífiqa, ni aun de la de Newton.

IV

Dezíamos aze poqo qe una de las qausas qe mas rretardan el triunfo de las ideas zientífiqas de la qriminolojía qontemporánea, era aqella qe rresidia en el qriterio de la mayoría de los indibíduos qe aun están dominados por la idea teolójiqa de qastigo, la qual presupone la eqsistenzia de un prinzipio inmaterial absolutamente independiente de lo qe llamamos leyes del uniberso. Segun este qonzepto, inspirador prinzipal de los lejisladores penales, el qasti-

go, qe en todo qaso solo debe alqanzar al qe a prozedido qon entera libertad moral, es algo así qomo una espiazion o penitenzia qe imponiendo al delinquente un dolor físiqo o moral, lo laba i limpia de la qulpa. Las penas del infierno, qe eternamente deben martirizar al peqador, sin qe qon ello se benefizie a nadie, están inspiradas en esta manera de qonzebir el qastigo.

¡Quán zierto es qe el uso incorreqto o errado de una palabra qonduze, tanto en zienzias qomo en la bida ordinaria, a la formazion de un qonzepto tambien erróneo!

Mui diberso es el modo qomo oi se qomprende la penalidad desde el punto de bista zientífiqo.

Quando el miqroorganismo del qólera o de la fiebre tifoidea logra penetrar en nuestro querpo, amenazándole de inminente destruqzion, los tejidos i las zélulas qe los forman se sienten ataqados i rreaqzionan qon toda la enerjía de qe son qapazes a fin de destruir i aniqilar al agresor, el qe a su bez trata de qonqluir qon la bitalidad de las zélulas; quando la langosta arjentina trasmonta las qordilleras i qomo un alud se lanza por los qampos del sur de Chile, talando los sembrados i destruyendo las qosechas, los agriqultores se qonsideran agredidos i se esfuerzan en destruirla, empleando qon ese fin quantos medios tienen a su alqanze; quando los qonejos silbestres de Australia, en nú-

mero qonsiderable inbaden los terrenos qultibados i los asolan, los qolonos se sienten ataqados en sus intereses i rreaqzionan qontra la agresion por medio del beneno i de las balas. Estos aqtos i otros análogos qe qonspiran a un fin qomun, qomo es inferir un daño al ofensor, i qe tienen por antezedente la qonduqta de éste, pueden tomarse qomo ejemplos de lo qe es el qastigo.

Aora bien, siendo el delito simplemente una agresion físiqa o moral qontra los órganos o ideas del querpo sozial, natural es qe éste, obedeziendo a un prinzipio jeneral de meqániqa, rreaqzione sobre el agresor qon una intensidad proporzional a la de la agresion. A esta rreaqzion defensiba es a lo qe se llama la pena; i no de

otra manera la an qomprendido Taine, Littré, Fouillée i Qlemenzia Royer, en Franzia; Stuart Mill i Maudsley, en Inglaterra; Büchner i Schopenhauer, en Alemania; Ferri, Lombroso i Garofalo, en Italia; i Herzen, en Suiza, para solo zitar a unos quantos de los mas qonspíquos.

Ya el profundo Spinoza dezia: «Aqel qe a sido mordido por un perro rrabioso no tiene la qulpa de ser ataqado de rrabia, i, sin embargo, ai derecho para aniqilarlo. De igual manera, el ombre qe no puede dominar sus pasiones, ni qontenerlas dentro del límite de las leyes, aunqe esqusable por la perbersion de su naturaleza, no puede gozar de la paz del alma ni del qonozimiento de Dios, i es

nezesario qe perezqa (1).» Fontenelle insiste en sus obras (bol. II, p. 616) en qe el qriminal debe ser tratado desde el punto de bista de los perjuizios qe qausa, i agrega: «El qriminal es un mónstruo qe es preziso eliminar, aunqe se le qompadezqa: su muerte es un benefizio para la soziedad i una garantía para los inozentes.»

Stuart Mill qondensa su pensamiento en esta forma: «Qon rresponsabilidad o sin ella, el qastigo es justo, pues no tiene otro objeto qe protejer a la soziedad: dar muerte a una bestia feroz es un aqto qompletamente justo.»

---

(1) SPINOZA. Oeuvres, traductiones de Saisset, vol. I, p. 161.

Courcelle-Seneuil, en su *Préparation a l'Étude du Droit*, pájina 257, apoya a Mill, i dize: «El ladron de profesion es sin duda dañino i peligroso; i si al asesino se le puede qomparar qon el tigre i qon el leon, al ladron se le puede qomparar qon la zorra i tratarlo qon justo motibo lo mismo qe a ésta.»

El famoso qímiqo Naquet, mas qonozido de la jeneralidad qomo el qampeon del diborzio en Franzia, qompara al delinquente qon el ázido sulfúriqo, líqido qe debe guardarse bajo llabe i no dejarlo qe se éntre a nuestro té, si en algo apreziamos la bida; i esto sin preoquparnos para nada de saber qé piensa el ázido i si es libre de qemar o nó.

La frase de Leibniz, qe se enquentra

en el párrafo 68 de su *Teodizea*, sintetiza qlaramente la manera qomo debe qomprenderse la pena. Allí se lee: «Es permitido, i aun nezesario, destruir a los animales benenosos i dañinos, aunqe de ellos no dependa el poseer estas qualidades; es justo imponer penas i qastigar a un animal siempre qe qon ello se qrea qe es posible intimidarle e impedir qe buelba a azer daño.»

No de otra suerte opinaban Bayle, Hobbes, Naigeon, de Holbach i tantos otros filósofos del siglo XVIII.

Un qaso, entre muchos otros, en qe se prozede de aquerdo qon el qriterio zientífiqo, es el de una batalla. Allí nadie se preoqupa de aberiguar nada toqante a las qondiziones morales del enemigo;

no se toma en quenta su libertad moral, su rresponsabilidad, etz. Se sabe qe es peligroso i qe puede azer daño i oqasionar males si se le deja bibo. Esta qonsiderazion basta para qe se trate de matarle por todos los medios posibles.

Los echos qe emos apuntado i las opiniones zitadas manifiestan qlaramente qómo el echo de qonsiderar al omizida qomo un enfermo peligroso e inqurable, biene en apoyo de la opinion de aqellos qe rreqlaman qon justizia su eliminazion de la soziedad.

Pero ántes de oquparnos de las frases rretóriqas sobre la inbiolabilidad de la bida umana; la falta de derecho qe tiene la soziedad para derramar una sola gota de sangre; quán propio de las almas

grandes es el perdon i otras análogas, pondremos de manifiesto de una manera numériqa los males qausados por los asesinos, siempre en perpetua gerra qon los onrrados i diariamente inmolando a los inozentes.

El término medio de los qe anualmente mueren en los dibersos paises a manos de los asesinos es:

Chile.	850 o sean	28.33	por qada	100,000	abitantes	
Italia.	3000 o »	12	»	»	»	
España. . . .	1400 o »	9	»	»	»	
Austria. . . .	694 o »	3	»	»	»	
Béljiqa. . . .	130 o »	2	»	»	»	
Franzia . . .	815 o »	2	»	»	»	
Irlanda . . .	100 o »	2	»	»	»	
Alemania . .	535 o »	1.25	»	»	»	
Esqozia. . .	35 o »	1	»	»	»	
Inglaterra. .	280 o »	1	»	»	»	

(GAROFALO, *Criminologia*, pp. 503-505)

Durante el año de 1892 murieron asesinadas en Chile unas 2,200 personas, o sean 72 por qada 100,000 abitantes, i algo así qomo una qada 4 oras.

Desde el 1.° de Enero de 1893 asta el 1.° de Nobiembre del mismo año, la prensa dió quenta de 1,500 asesinatos, o sean 45 por qada 100,000 abitantes, i algo así qomo uno qada 5 oras (1).

---

(1) En 1883 el número total de prozesados llegó a 5521, de los quales la mayoría no alqanzaba a los 25 años de edad.

En 1884 este número bajó a 5153.

En 1883 ubo 447 prozesados por omizidio; en 1884, 346. En el primero de estos años se beriqaron tres ejequziones, i zinqo en el último.

En 1882 las qárzeles de Chile qontenian 2293 delinquentes; la Penitenziaría de Santiago guar-

En 1894, en el solo departamento de Santiago, qe quenta qon una poblazion de 300,000 abitantes, se qometieron 290 asesinatos, lo qe qorresponde a 96.66 por qada 100,000 abitantes. Si se tiene presente qe en las probinzias la frequen-

---

daba bajo su techo 409 omizidas, a fines de 1884.

1342 indibíduos fueron prozesados en 1883 por delitos qontra las personas; de 467 qondenados por igual qausa, 130 (27.1%) eran rreinzidentes.

En este año de 1894, la Penitenziaría de Santiago enzerraba 540 rreos, de los quales 366 eran omizidas. 24 rreos abian qometido mas de un omizidio; 14 eran parrizidas; 6 fratrizidas, i 43 salteadores i omizidas. De los 386 omizidas, 46 qedaron en libertad en en este año (1894).

Debo estos datos a la amabilidad del señor don Rriqardo Montaner, superintendente de la Penitenziaría de Santiago.

zia de los omizidios es mas o ménos la misma qe en Santiago (2), podremos establezer la sigiente qomparazion entre Chile i algunos otros paises (3).

		Número total de omizidios perpetrados en un año.	Omizidios por qada 100,000 abitantes.
Chile	(1894)	2900	96.66
Italia	(1887)	3606	15.40
España	(1883-6)	1584	11.91
Ungría	(1882-6)	625	5.78

(2) L. Urzúa Gana, Memoria pasada al Ministerio de Justizia por el promotor fisqal en lo qriminal de Santiago, en 28 de Enero de 1895. —(*El Ferroqarril*, núm. 12261).

(3) Bosco, *Gli omicidii in alcuni stati d'Europa. Appunti di statistica comparata.* En 8.° Roma, 1889. (Tipografia Nazionale).

		Número total de omizidios perpetrados en un año.	Omizidios por qada 100,000 abitantes.
Austria	(1883-6)	689	4.01
Irlanda	(1882-6)	129	3.05
Béljiqa	(1881-5)	132	3.02
Franzia	(1882-6)	847	2.73
Estados Unidos		1470	2.33
Esqozia	(1882-6	60	2.11
Alemania	(1882-6)	567	1.61
Inglaterra	(1882-6)	318	1.60
India	(1882-6)	1930	1.31
Olanda	(1882-6)	35	1.10

Aunqe a las qantidades apuntadas se les rrebaje un 50 por ziento, siempre rrebelarian una qriminalidad en Chile, pais de fázíles medios de subsistenzia i

de poblazion mui poqo densa, qe no tiene ejemplo en ninguna nazion europea. Así en Lóndres, qon 5000000 de abitantes, solo se qometen unos 30 asesinatos al año, o sea uno qada 300 oras. En Chile, pues, ai 90 bezes mas omizidios qe en aqella ziudad.

En la gran mayoría de los qasos estos omizidios son perpetrados qon el fin de rrobar i por instintos sanginarios de los delinquentes, qe, abezados al qrímen, an sufrido qondenas de quatro o zinqo años, i saben qe esta es la pena qe jeneralmente se impone en Chile a un ladron asesino.

La rreinzidenzia en los omizidios es la rregla jeneral, i por zientos se quentan los qriminales a qienes la justizia, apo-

yada por la opinion públiqa, permite inmolar durante su bida a unos zinqo o seis inozentes; por otra parte, la Penitenziaría de Santiago pone anualmente en zirqulazion una dozena o mas de asesinos qorrejidos, qe salen, qomo es lójiqo, a matar de nuebo al primero qe enquentran.

A primera bista parezeria qe abia eqsajerazion en este aserto; pero basta rreqorrer los diarios de Chile para enqontrarse qon sueltos de qróniqa qomo el sigiente, qe se alla en el número 19947 de *El Merqurio:*

«*¿Qrímen o loqura?*—Luis Qiroga Billanueba fué puesto en libertad ayer a las tres de la tarde, despues de aber qumplido qondena en la qárzel de esta ziudad (Santiago). Al salir libre, ya no pen-

só en azer nueba bida, sino en el propósito de matar a la primera persona qe enqontrase en su qamino. La desgrazia qiso qe le toqase tan triste suerte a Sara Tribiños qe, aqompañada de una niñita, se dirijia por la qalle de Sama a ber a su padre, qe es guardian de polizía.

«Qiroga, echo una furia, se fué brutalmente sobre Sara, golpeándola qon piedra de una manera inumana, oqasionándole nuebe eridas de grabedad en la qabeza i en el querpo. Abria terminado su obra, si algunos transeuntes no detienen a tiempo al qriminal, el qe se manifestó mui satisfecho de aber qumplido su promesa. Qiroga fué rreduzido a prision en el aqto i qonfesó de plano su qrímen qon una sangre fria inqreible.

«En su deqlarazion manifestó aber echo otras muertes i estar dispuesto a qontinuar matando si a él no lo fusilaban.

«La Tribiños, en un estado desesperante, fué qonduzida al ospital de la qárzel.» (1)

Poqos dias despues de oqurrido este echo, el Qonsejo de Estado rreduzia la

---

(1) Análogo al anterior es el qaso de Antolin Manzano, indibiduo que en 1891 asesinó en el Palazio de los Tribunales de Santiago, a Manuel Pardo e irió a José A. Bonéses. Eqsaminado Manzano por los médiqos fué deqlarado loqo, i qomo tal, enzerrado en el maniqomio de Santiago. En este establezimiento asesinó el 17 de de abril de 1895, a uno de los mayordomos, llamado Narziso 2.° Brabo. — (*El Ferroqarril*, núm. 12315.)

pena a unos quantos omizidas, i a otros, qe les faltaba poqo tiempo para qumplir su qondena, los ponia en libertad.

En qambio, de esta lejion de animales dañinos, qe a bezes suelen matar asta a los mismos enqargados de qustodiarlos, apénas si se ajustizian unos siete u ocho al año.

Qon el sistema rrepresibo aqtual, el asesino tiene tiempo de qometer tres i asta quatro omizidios en su bida, qomo es lo jeneral qe aqontezqa.

En la sesion zelebrada el 4 de julio de 1889 por la Qomision de Estadístiqa Italiana, Ferri eqsibió los datos sigientes: sobre 244 indibíduos qondenados por omizidio simple, 63, o sea un 25.8%, abian ántes qometido igual qrímen, i

181, o sea un 74%, abian atentado qontra la bida de las personas.

En Chile es mui probable que esta proporzion sea mucho mas elebada, por lo mismo qe el omizidio es qosa tan qorriente i qomun; pero desgraziadamente es qasi imposible obtener datos feazientes sobre este punto.

Por último, la fazilidad para ebadirse de la prision qontribuye tambien a aumentar el número de asesinatos qe anualmente se perpetran. En Italia se ebaden de las qárzeles, mas o ménos, 175 qriminales al año; i entre nosotros es qosa qorriente allar en los diarios párrafos de qróniqa qe se intitulen: «Ebasion de rreos de la qárzel de.....»

I en esto no ai la menor eqsajerazion,

qomo puede qomprobarse leyendo, por ejemplo, la desqripzion de la última ebasion de rreos de la penitenziaría de Santiago (1).

V

Toqa aora entrar a eqsaminar algunas de las rrazones i móbiles qe a muchos impulsan a defender qon qariñoso empeño la bida de qada uno de los miembros de ese aqtibísimo ejérzito de delinquentes qe, qomo aqabamos de berlo, priba a Chile de zinqo indibíduos útiles por dia.

---

(1) Béase el núm. 2,405 de *La Libertad Eleqtoral* de Santiago.

Parézeles a algunos de los defensores del asesino una tremenda injustizia qastigar a un ombre qe qareze de libre albedrío, i por qonsigiente de responsabilidad; i qe si ámbas qosas son un mito i todas las aqziones umanas están gobernadas por un infleqsible determinismo, qe qonbierte a la moralidad en un meqanismo inerte i a la birtud i el bizio en rresultantes interesadas de un qomplejo paralelógramo de las fuerzas, lo bueno i lo malo no eqsisten. Agregan qe si el asesino i el ladron, el qaritatibo i el onrrado no azen otra qosa qe obedezer a prinzipios fijos, qomo obedeze la piedra qe qae, no ai rrazon para qastigar o para premiar.

Qon lo dicho anteriormente toqante a

lo qe es en rrealidad el qastigo i la libertad moral, qeda este argumento rreduzido a lo qe en sí bale. Pero se podria preguntar todabía a los que piensan qe el ombre es libre de prozeder qomo qiera, esto es, sin qe sean faqtores de sus determinaziones ni sus proneidades ereditarias, ni su organizazion indibidual, si tambien azeptan qe el qaráqter i las qualidades llamadas morales solo dependen de la boluntad i pueden por ella ser modifiqadas en un momento dado. Rreqonozido qomo berdadero este modo de pensar, es nezesario azeptar qe todas las faqultades del indibíduo están bajo el imperio de la boluntad, i qe para ser un pintor, un jeómetra, un músiqo, un filósofo, etz., basta un aqto bolitibo. Ningu-

no de los partidarios del libre albedrío se atrebe, sin embargo, a sostener ni por un momento qe entre Newton, Gauss, Spencer, Kelvin o Poincaré i uno de nuestros qampesinos no ai mas diferenzia qe aqella qe reside en la boluntad: los primeros qisieron ser sabios, i lo fueron: los segundos no lo qieren, i permanezen ignorantes.

Esto, qe así enunziado pareze absurdo, es lo qe se afirma quando se dize: «Todo el qe desea ser bueno lo qonsige»; «nadie está obligado a qonduzirse mal»; o bien, no todos pueden ser intelijentes, pero sí pueden ser onrrados.

Qon estos aforismos de uso bulgar se trata de establezer qategorías en las funziones zerebrales de los animales, qate-

gorías qe, pareze inútil dezirlo, no tienen en su abono ninguna obserbazion ni ningun echo zientífiqamente qomprobado. Si del zerebro dependen las faqultades mentales todas; si ellas no son otra qosa qe produqtos de ziertas qondiziones físiqas i dinámiqas del sistema nerbioso, qe esqapan al dominio indibidual qomo todas las funziones naturales, sean ideas o qombinaziones qímiqas, no ai rrazon alguna para dezir qe los aqtos inteleqtuales están sometidos a leyes fijas, miéntras qe los aqtos morales son una espezialidad, una eszepzion, en todo el uniberso. Es qlaro qe para no matar, ni rrobar, ni mentir, qomo para segir una línea de qonduqta ajustada a un prinzipio moral, basta desearlo así qon ener-

jía; pero no es ménos zierto tambien qe enjendrar un deseo en el zerebro de un animal qualqiera es, en las zirqunstanzias ordinarias, tan fázil qomo qambiarle la forma del qráneo.

I es pertinente llamar aqí la atenzión azerqa de qómo los defeqtos de qaráqter i las defizienzias inteleqtuales son qastigados tambien qon igual i a bezes qon mayor rigor qe los defeqtos i defizienzas morales; tal prozeder, sin embargo, quenta qon el aplauso i es imitado por los mismos qe sostienen qe sin libertad o rresponsabilidad no ai qastigo posible dentro del prinzipio de la justizia.

El salario, en qualqiera esfera de la aqtibidad umana, está en proporzion qon las aptitudes qe tiene el indibíduo qon

rrelazion al medio sozial en qe bibe. La bida para unos es fázil, olgada i agradable, porqe son qapazes de ganar dinero; para otros es dura, trabajosa i llena de desagrados, solo porqe son inqapazes de qonsegirlo. El pintor, el nobelista o el qantor se enrriqezen esplotando sus aptitudes; en qambio, el qe no puede aprender a leer ni a esqribir, bibe i muere jeneralmente en la miseria. Si un ombre, urjido por la nezesidad, se presenta solizitando en un ospital el puesto de zirujano, ignorando la anatomía, o bien en una qompañía de ópera el de tenor, sin poder emitir una nota, es qlaro qe nadie lo tomará a lo sério i será despedido sin tomar en quenta si tiene ambre o nó. Los eqsámenes de instruqzion están ba-

sados en este mismo prinzipio rrazional: el inqapaz de aprender debe sufrir las qonsequenzias de su inqapazidad. El qe dispone de algunos zientos o miles de pesos puede biolar tranqilamente muchísimas disposiziones de nuestro qódigo penal i otras leyes, sin temor de qe se le qite su libertad o se le imponga una mortifiqazion qorporal, qomo se aze qon el pobre qe no puede pagar una multa.

Al indibíduo torpe e inqapaz se le zierran todas las puertas, i el qamino de la bida es áspero i fatigoso para él, pudiendo en muchos qasos una muerte prematura ser el qastigo de su falta de intelijenzia.

El prozeso sozial en estos qasos es igual al prozeso natural, en el qual la

llamada libertad moral no desempeña ningun papel. La mariposa qe ama la luz, se alla qompelida por tirániqo instinto a prezipitarse a la llama i perezer en ella; el macho de algunos inseqtos solo disfruta de oras de bida, pues para efeqtuar la rreproduqzion tiene que morir; el qe naze de padres rraqítiqos, gotosos, sifilítiqos, etz., arrastrará una bida llena de enfermedades i dolores que le arán profundamente desgraziado; durante una epidemia qualqiera, los qe an benido a la bida qon una qonstituzion ménos bigorosa son los qe en mayor número suqumben, si es qe no qontrabalanzean esta rrelatiba inferioridad qon una mayor suma de qonozimientos zientífiqos; en un naufrajio zerqa de la qosta,

aqellos qe sepan nadar tienen muchas probabilidades de salbar qon bida, i mui poqas los qe no posean ese arte. Todo el jigantesqo prozeso de la eboluzion no es otra qosa sino una perpétua qarnizería de millones de millones de seres que, por no nazer perfeqtos, es dezir, adaptados al qlima i demas qondiziones en que an de bibir, son irremisiblemente saqrifiqados i destruidos. Nada ai qe pùeda azer triunfar en la naturaleza al ménos perfeqto; el mas apto sobrebibe, los ménos aptos mueren.

Inbertir estos prinzipios, aziendo qe persista el qriminal i perezqa el qe no lo es, son los deseos del asesino i de sus partidarios.

Los entusiastas i numerosos defenso-

res del asesino, de qienes qon tanta agudeza se a burlado una famosa nobelista inglesa (1), tienen un arsenal de frases rretóriqas qe saqan a luz qada bez qe se pretende suprimir un delinquente.

Alegan, en primer lugar, qe la soziedad no tiene derecho para derramar ni una gota de sangre, i qe dar muerte a un qriminal es un asesinato legal. En estas sangres no están qomprendidos los millones de litros qe diariamente se derraman en nuestros mataderos, qon el fin de rregalar nuestro paladar, ni tampoqo la qe se derrama en nuestros ospitales por los zirujanos. Estas sangres no

(1) Ouida, *Poor Abel; (Fortnighthy Review.* bol. 53, páj. 535 i sigientes).

quentan i ai derecho para berterlas, porqe qon ellas se obtiene un rresultado útil i benéfiqo. Los qe este argumento formulan no llaman tampoqo asesinos a los soldados, de qualqier qlase qe sean, i quya úniqa mision es la de berter la mayor qantidad de sangre posible, siempre qe para ello se presente la oqasion, i se pueda de esta manera obtener alguna bentaja pequniaria.

En estos qasos, i en otros muchos qe podrian zitarse, se apliqa el qriterio positibo. Pero tratándose del omizida ya es distinto. El asesino es sagrado, i solo él a tenido i tiene derecho para matar a qien qiera; desde el momento en qe perpetra el qrímen, es digno de rrespeto i de solízitos quidados.

Este argumento, qomo se be, no rresiste al mas lijero eqsámen, pues todo él jira en torno del qonzepto de derecho, el qe a su turno se deriba del mas jeneral de justizia, qe, qomo lo dije al prinzipio, no qonsiste en otra qosa qe en afirmar el deber de todo indibiduo de azeptar los perjuizios i benefizios qe su qonduqta le proporziona. Aora bien, si la qonduqta del asesino es eminentemente noziba; si los daños qe qausa son irreparables; i si, por último, su eqsistenzia es una perpétua amenaza de muerte para los demas ombres, qlaro está qe debe ser eliminado. Los qe inboqan la inbiolabilidad del asesino i la falta de derecho qe tiene el Estado, qomo rrepresentante de la soziedad, para suprimirlo, se olbidan siempre

de espliqar qómo entienden estas ideas de justizia i derecho.

Mereze llamar la atenzion este quidado solízito de la bida del asesino qomparado qon la rrelatiba indiferenzia qon qe se mira la de aqellos qe no lo son. Los inútiles i perjudiziales inspiran siempre mas simpatía qe los onrrados. Por eso, para ebitar qe unos quantos taúres se arruinen, se persigen las qasas de juego; para preqaber de la sífilis a los lujuriosos, el Estado, qon el aplauso del públiqo i de los diaristas, se qonbierte en una espezie de empresario o superintendente de las manzebías i rreglamenta la prostituzion; para qonsegir qe los dipsómanos se entregen sin peligro a su pasion, se persigen los alqooles dañinos i se diq-

tan leyes qe protejan la salud de los borrachos.

En qambio, ninguna lei o medida ijiéniqa proteje la bida i la salud de los miles de indibiduos útiles que anualmente mueren de tísis, enfermedad qe han qontraido en los teatros, en las iglesias, en los ospitales, en los qafees i fondas i en todos los demas lugares públiqos a los quales son libres de penetrar los tísiqos, para qomuniqar su mortal enfermedad a los infelizes qe tienen la fatalidad de absorber los jérmenes qe estos enfermos ban diseminando por todas partes (1). El Estado qe persige a la mu-

(1) TYNDALL, *On the Origin, Propagation and Prevention of Phthisis*, (*New Fragments*, pp.

jer públiqa i le proibe bibir en ziertos barrios de la ziudad i penetrar a ziertos lugares públiqos, deja, en qambio, qomplamente libre al tísiqo i asta le permite qasarse i enjendrar ijos, qe tienen todas las probabilidades de ser enfermos i rraqítiqos qomo sus padres (1).

398-428, en 8.°, Lóndres, 1892 (Longmans, Green, and C.°)

CHAPLIM, *The Necessity for Placing Tubercular Phthisis under Control* (*Medical Magazine*, bol. I, p. 1022).

GOODHART, *The Necessity for Placing Tubercular Phthisis under Control from another Point of View.* (Ibid., p. 1099).

(1) MAYER, *Puó essere permesso il matrimonio ai tisici?* (*Rivista d'Igiene,* bol. V, p. 80 i sigientes).

Un espendedor de alqool de grano es persegido por la lei, porqe puede enfermar alguno qe qon dicho líqido se embriage; a un ataqado de una enfermedad qontajiosa se le deja, por otra parte, en entera libertad para qe rreparta por donde mas le agrade los jérmenes de su mal, aziendo de esta suerte qién sabe quantas bíqtimas, qe no tienen medio alguno de defensa qontra un ataqe silenzioso i anónimo.

Quando se estrae el fango de nuestros qauzes o azeqias i se deja durante dias i semanas en la qalle para qe mate de qrup, esqarlatina o fiebre tifoidea a unos quantos zentenares de personas i a otras predisponga, qon sus emanaziones pu-

trefaqtas, a adqirir una enfermedad (1), nadie se alarma, ni nadie se preoqupa de azer solizitudes pidiendo la bida de estas bíqtimas inofensibas, a qienes, para ser dignas de qompasion, pareze qe falta el aber apuñaleado a algien.

El qriminal, se dize, a sido echo por la soziedad en qe a nazido i bibido; es el produqto de una infinidad de influenzias soziales, i no abria sido asesino o ladron si no se le ubiese impelido a serlo por medio del ejemplo o de la nezesidad.

Luego, se agrega, el delinquente no debe ser qastigado, sino rreformado, rre-

---

(1) ALESSI, *Sui gas putridi come cause predisponenti all' infezione tifoide*, en 8.º Roma, 1894. (Ermanno Loescher.)

jenerado i sanado por esta misma soziedad qe a sido su autora; ella debe ponerlo en una qárzel qómoda i agradable, i tratar, por todos los medios qe estén a su alqanze, de qe no sufra mortifiqazion alguna; su bida en todo qaso debe ser mas ijiéniqa i qonfortable qe la de miles de obreros onrrados, o inofensibos a lo ménos, qe tienen qe ganarse el sustento qon su trabajo. Por último, el juez debe dezirle, al pronunziar la sentenzia, qe se le guardarán toda qlase de qonsideraziones, porqe la soziedad qomprende qe ella es la qriminal por aberlo enjendrado en su seno, i no él.

Courcelle-Seneuil, ablando sobre este punto dize: «Por mas interes qe puedan inspirar los asesinos i los ladrones, ai qe

rreserbar alguna induljenzia para las jentes onrradas i eqsaminar asta qé punto les es útil azer injentes desembolsos para mantener una espezie de jaulas o qorrales donde se alimente i se eche en engorda a sus espensas a los asesinos i a los ladrones.

«Para rresolber bien esta question, qe solo qiero indiqar aqí, qonbiene tener presente la lei de la poblazion i pensar qe las sumas gastadas en edifizios qostosos, en guardianes i en médiqos bien pagados, en bíberes i en trajes de buena qalidad, bastarian para dar subsistenzia a un número doble a lo ménos de jente onrrada, por medio del trabajo libre; abria qe pensar en qe esta jente onrrada, qe tendria una dignidad tan rrespetable

qomo la de los píqaros, no puede bibir, prezisamente a qausa de la eqsistenzia de éstos i de los quidados de qe son objeto: los primeros mueren de miseria a fin de qe los segundos no qarezqan de nada.» *(Préparation à l'Étude du Droit,* libro III, qapítulo VI.)

Zinqo o seis años de qárzel (1) qon su qonsigiente rréjimen moral e ijiéniqo,

---

(1) Basta rreqorrer la *Gazeta de los Tribunales* para qonbenzerse de qe la mayor parte de los asesinos son qondenados a seis años de prision. Quando se da muerte a un indibíduo en rrespuesta a la mas lebe proboqazion de su parte, la pena no pasa de 3 años de presidio. Béase, por ejemplo, la sentenzia espedida por la Qorte de Apelaziones de Balparaiso en el prozeso por omizidio segido a Alejandro de la Guarda. (*El Merqurio* núm. 20122.)

UCH

ya qe las penitenziarías modernas son establezimientos modelos de qomodidad, —por ejemplo, la de Buenos Aires, en la qual los qriminales lleban una bida rregalada—bastarán para rreparar la ingratitud sozial; zierto es qe para qonsegirlo ai qe gastar en Chile unos 500,000 pesos anuales i en Italia 2.000,000 de liras, i qe estas sumas se integran qon las qontribuziones qe las familias de las mismas bíqtimas tienen qe pagar al Estado para qe mantenga al qriminal, el qe a menudo logra esqapar de la prision, burlando la bijilanzia de los guardianes o ultimándolos si estorban a su intento, qomo qomunmente aqonteze en nuestro pais.

Pero nada de eso tiene importanzia, ya qe la soziedad es la qulpable.

En este pretendido argumento ai qe distingir dos partes: primera, aqella qe afirma qomo un echo probado el qe la soziedad forma al delinquente; i segunda, la qonsequenzia de qe por este motibo esa misma soziedad no puede eliminarlo.

Mucho dista lo primero de estar demostrado, militando numerosas rrazones en su qontra. La qriminalidad en las soziedades animales es un echo estudiado por los biólogos; nazen animales qriminales qomo nazen ombres asesinos i ladrones; i qien aya estudiado el qaráqter i las proqlibidades de algunos mamíferos, no abrá dejado de notar entre ellos indibíduos dotados de qualidades morales mui dibersas: algunos son malébolos, destruqtores i agresibos; otros, en qambio,

son qariñosos, afables e inofensibos. Si los animales pueden padezer, al igual del ombre, de siqopatías seqsuales (1) i de dipsomanía, qomo Lawson Tait lo ha qomprobado en sus inbestigaziones sobre el alqoolismo de las abejas, tambien son suszeptibles de ser ataqados de esa otra siqopatía espezial qe les obliga a ser agresibos qon los demas indibíduos i tratar de destruirlos.

La amenísima leqtura de la obra de Romanes o de la de Lloyd Morgan (2)

---

(1) Regnault, *Du Choise Sexuel chez les animaux domestiques*. (*La Médecine Moderne*, bol. IV, p. 932).

(2) Romanes, *Animal Intelligence*, en 8.º, Lóndres, 1886, (Paul).

Lloyd Morgan: *Animal Life and Intelligence*, en 8.º, Lóndres, 1891 (Arnold).

sobre la intelijenzia de los animales bastaria para probar qe no ai la menor eqsajerazion en todo lo qe e dicho toqante a la bida síqiqa de los animales.

Mas aun, si el qriminal es el produqto del medio sozial, ai qe qonbenir en qe para impedir qe éste se forme será preziso una organizazion sozial espezialísima, la qe asta oi desgraziadamente no a eqsistido en el mundo. En Rroma, en tiempo de la rrelatiba pobreza rrepubliqana qomo durante el imperio, despues de la qonqista del Asia qomo ántes de ella, el omizidio era frequentísimo, i los qampos de la Italia se asemejaban a los de Chile por sus bandoleros. En Grezia, pueblo esenzialmente demoqrátiqo i enemigo de la libertad, qomo en la China,

qon su paternal i qompliqada organizazion, el asesino a eqsistido. En los pueblos i tribus salbajes del Áfriqa o de la Ozeanía, se asesina qomo en Chiqago o en Madrid. ¿I qé qondiziones i medios soziales mas dibersos nos es dable imajinar?

El medio sozial enjendra al qriminal, qomo enjendra al alqóoliqo, al ziego, al neurasténiqo, puesto qe sin soziedad es indudable qe esas desbiaziones del tipo moral qomun no se produzirian: Robinson Crusoe, ántes de la llegada de Domingo, no podia ser asesino o ladron. Pero de aqí a afirmar qe ese produqto probiene de un bizio de la misma organizazion sozial, qe es la delinquente, por dezirlo así, solo porqe unos quantos o muchos de sus miembros nazen imper-

feqtos, ai una enorme distanzia. Pero aun suponiendo qe el qriminal no perteneziese a esa qategoría de organismos antisoziales i agresibos qe se enquentran en toda la serie animal, i azeptando qe la soziedad lo ubiese formado i echo qriminal, no se segiría tampoqo qe por tal motibo era nezesario qambiar un medio ambiente qe solo produze este efeqto nozibo a unos quantos. Pretender esto eqibaldria a prozeder del mismo modo qe an prozedido los lejisladores en la question del alqoolismo, a la qe ya ize rreferenzia en otro lugar, i sobre la qe insistiré aqí.

El qonsumo moderado de alqool es una nezesidad para la inmensa mayoría de las personas, mas jeneralizada aun

qe la de fumar; esta nezesidad adqiere en algunos indibíduos proporziones mórbidas i se qonbierte en una grabe i qasi inqurable enfermedad llamada alqoolismo qróniqo, qe qonduze a una rrápida dejenerazion i a la muerte. Pues bien, se an dicho los gobernantes, si ai unos quantos zentenares de borrachos a qienes el alqool mata, es preziso impedir qe esto suzeda; i para consegirlo aqordaron someter la benta de los líqidos alqoóliqos a una série de rrestriqziones injustas: fuertes qontribuziones, proibizion de su espendio en los teatros, ferroqarriles i otros lugares públiqos. El Estado, qonbertido en padre de familia o qurador de menores, para protejer a unos quantos borrachos, quya bida nada bale, a priba-

do a la inmensa mayoría de un plazer i de una satisfaqzion inozente qe a nadie daña sensiblemente, i, lo qe es mas grabe, sin alqanzar el fin qe persegia. Los qe asisten a nuestros teatros i los qe biajan en nuestros ferroqarriles, tienen qe someterse a una mortifiqazion i pribarse de una qopa de bino, so pretesto de qe esto rresulta en benefizio i así qonbiene a unos poqos, qomo son los borrachos. La mayoría sometiéndose a una ínfima i poqo rrespetable minoría.

Sigiendo por este qamino i dilatándose la perniziosa influenzia del Estado,—quyas torpes manos desempeñan ya tan qrezido número de ofizios,—llegará el dia en qe la qomida de qafées i fondas se someta a la inspeqzion del Gobierno,

ya qe ai algunos zentenares de indibíduos enfermos de la dijestion para qienes esas qomidas qonstituyen una espezie de beneno.

La gran mayoría tendria qe pribarse de qomer segun su gusto para preqaber de una indijestion a unos quantos imprebisores. Las armas de fuego qausan numerosas bíqtimas entre los qe por torpeza qon ellas se ieren o ieren a otros; pues bien, para obrar qon lójiqa seria nezesario asimismo propender qon medidas rrestriqtibas a qe nadie tubiese estos medios de defensa personal, a trueqe de salbar la bida de unos poqos atolondrados (1).

---

(1) Medidas qomo éstas serian rrezibidas qon

Pero bolbiendo al argumento prinzipal de qe qambiando el medio ambiente desaparezeria el qriminal, bale la pena de zitar las palabras de uno de los presidentes del tribunal de justizia de Nápo-

---

rregozijo por muchísimas personas i aplaudidas por todas las publiqaziones diarias del pais, quyo espíritu es netamente sozialista. Para qomprobar este fenómeno de endósmosis sozialista basta rreqorrer los diarios de Santiago o Balparaiso; así *La Union*, núm. 2,673, es de opinion qe las Munizipalidades diqten un rreglamento sobre la manera qomo las sirbientas deben tratar a los niños enqomendados a su quidado. Poqos dias ántes (núm. 2,645) abia pedido qe el Estado nombrase qomisiones para bijilar la qomida de las fondas i qafées, a fin de impedir qe se diese a los uéspedes gisados qapazes de qausar indijestion. Qomo estos dos ejemplos, se podrian zitar mil.

les: «Rreqonozemos, dize, la gran influenzia del medio ambiente, tanto físiqo qomo moral, sobre el delinquente i el bizioso; pero quando se nos grita: ¡Modifiqad el medio ambiente! no podemos ménos de sonrreir, porqe sabemos qe esto no depende sino en mínima parte del lejislador, i rrespondemos: ¿Por qé debe eqsistir esta estraña antinomia en la soziedad qontemporánea, en esa misma soziedad en qe la mayoría es qonsiderada soberana i omnipotente, aun en aqellos asuntos en qe su inqompetenzia es manifiesta o su imparcialidad imposible? ¿Por qé, atrebiéndose a todo, debe en este qaso detenerse dudando de sus derechos, poniendo un límite a su soberanía, i abdiqándola ante la mas peqeña, la mas ab-

yeqta i la mas noziba de las minorías, la minoría de los qriminales?»

¿Por qé deberá modifiqarse el medio ambiente, al qual sé adapta qasi la umanidad entera, solo i úniqamente porqe unos quantos delinquentes no están satisfechos qon él?

¿Por qé motibo esos poqos rreazios a la adaptazion no deberian mas bien ser suprimidos de ese mismo medio ambiente?

Pero, preziso es rreqonozerlo, estas objeziones no son sérias. Ningun lejislador podrá jamas qonsegir qe la miseria no eqsista i qe la ignoranzia desaparezqa; qe se aqaben las tentaziones i se suprima la ambizion, la banidad i las pasiones umanas; ninguna lei podrá jamas estirpar

del qorazon del ombre el jérmen del delito.

Sostienen tambien los defensores de la bida del asesino, qe la pena de muerte no puede ser un esqarmiento ni un ejemplo para los demas qriminales, ya qe la impulsion qe los arrastra a qometer el qrímen es irresistible, i por lo tanto no son aqreedores a qastigo.

Los qe así rraziozinan olbidan seguramente qe es inqonduzente alegar en pro del omizida, o del delinquente en jeneral, aqello de qe izo el mal porqe las zirqunstanzias a ello impreszindiblemente lo obligaban i qe la nezesidad absoluta no rreqonoze lei; porqe la soziedad, o sea la parte lesionada, puede a su turno dezir qe las zirqunstanzias la obligan

impreszindiblemente a defenderse por medio del qastigo, i qe la nezesidad no rreqonoze lei. Pero, aparte de esto, mucho puede dezirse qontra esta afirmazion mas o ménos gratuita, de qe la pena no ejerze influenzia sobre los demas qriminales. Solo zitaré dos qasos qe manifiestan qe esta influenzia dista mucho de ser nula, i qe en rrealidad ejerze una aqzion prebentiba el qastigo.

En Béljiqa, desde 1865, fecha en qe dejó de apliqarse la pena de muerte, asta 1880, el número de omizidios aumentó de un modo aterrador, subiendo de 34 a 120 por año, lo qe obligó a dezir al proqurador jeneral del rreino qe, desde el momento en qe las masas se abian qonbenzido de la efeqtibidad de la abolizion

del patíbulo, el número de qrímenes abia qrezido de una manera alarmante.

Los omizidios perpetrados por los soldados Marino i Misdea en Nápoles no tubieron otro objeto qe librarse del serbizio militar obligatorio, prefiriendo a esta gabela unos quantos años de penitenziaría, ya qe sus bidas no podian serles qitadas por la soziedad. Su qondenazion a muerte no les izo la menor impresion, pues estaban íntimamente qonbenzidos de qe solo los asesinos tenian derecho de bida i muerte sobre los demas ombres, i de qe en Italia la pena de muerte estaba abolida. Quando se qonbenzieron de qe serian rrealmente ajustiziados, su estupor no rreqonozió límites i se qreyeron bíqtimas de una terríble i

abominable injustizia. Ellos tenian derecho para arrebatar la bida a los demas, pero los demas debian rrespetar la bida de ellos.

Aubry, en su libro sobre la qontajiosidad del asesinato, zita el qaso de qe en Glasgow se abia jeneralizado, a prinzipios del siglo, el uso del ázido sulfúriqo para bengarse de las ofensas rrezibidas; este líqido arrojado a la qara, qe era la rrejion preferida, qasi siempre produze la zegera por destruqzion de los ojos. La pena impuesta por este qrímen era solo de prision; mas, en bista de la frequenzia qon qe se suzedian estos atentados, el Parlamento aprobó un proyeqto de lei qe imponia pena de muerte al autor de un delito de esta naturaleza. Desde ese

dia el ázido sulfúriqo dejó de serbir para la perpetrazion de qrímenes.

Pero, aun suponiendo qe esta aqzion intimidadora i prebentiba no fuese zierta, qomo algunos lo afirman, qedaria siempre en pié el echo qapital i benéfiqo de la supresion del indibíduo dañino, objeto prinzipal qe debe persegirse. Numerosos son los aqtos de esta naturaleza qe diariamente se ejequtan, sin qe se pretenda qe de ellos se ba a segir un efeqto morijerador.

Así, los machos de algunas espezies animales útiles al ombre poseen instintos batalladores i agresibos qe los azen peligrosos en ziertas zirqunstanzias; en este qaso se enquentra el toro, el zierbo, el potro, etz. Rreqúrrese entónzes a la

qastrazion, sin qreer, por zierto, qe esta operazion qirúrjiqa baya a tener influenzia o a modifiqar los instintos de los demas indibíduos de la misma espezie.

Siempre qe un ser bibiente qualqiera nos produze un daño o su eqsistenzia es la posibilidad de un perjuizio, tratamos de destruirlo, sin abrigar duda de qe esta destruqzion no serbirá de ejemplo a los qe qeden bibos, qe an de segir obrando lo mismo qe aqellos qe an sido eliminados. Quando a un loqo furioso se le enzierra en un maniqomio, no se busqa otra qosa qe la prebenzion de un mal qe podria ser qausado por él a los qe se llaman querdos i forman la mayoría. Qien pensara qe esta detenzion iba a serbir de ejemplo a los futuros loqos, merezeria

ser enzerrado en un asilo de dementes.

La pena de muerte qumplirá siempre, segun esto, qon su fin defensibo: la supresion del nozibo, de qualqiera espezie qe sea.

Se arguye tambien qe un sentimiento natural de piedad i qonmiserazion implora qompasion para el asesino, i qe a mas el espeqtáqulo de una ejequzion es qruel, sanginario i rrepugnante (1).

I los qe así disqurren quando se trata de la supresion de un delinquente, no

(1) Si en una ejequzion ai derramamiento de sangre i el qriminal padeze dolores, es úniqamente porqe siempre se da la preferenzia al método mas primitibo de destruir la bida. (Béase: Bleyer. *Scientifie Methods of Capital Punishment*, en 8.°, New York, 1887 (Fitzgerald).

son úniqamente las personas sin instruqzion i las qe se dejan giar por las impulsiones del momento, sino tambien aqellas qe presumen de pensadoras.

I en prueba de ello bastará rreqordar qe en el Qlub del Progreso de Santiago, soziedad formada de ombres de zienzia, se izo la defensa de un asesino i se imploró su perdon *en nombre de las nobles i eloquentes eqsijenzias del sentimiento* i de la qrueldad qe ai en matar a uno de nuestros semejantes, quya bida es sagrada; i, qomo a mas rresultó qe el asesino aqel abia fequndado una mujer i se abia rreproduzido, se agregaba qe no era posible derramar la sangre de un desgra-

ziado padre de familia quyos ijos eran inozentes (1).

Qada bez qe se a perdonado a algunos de los numerosos qriminales de la diqtadura del 91, se an rrepetido las mismas frases tan qonozidas ya: el perdon es propio de las almas grandes; el olbido es digno de los qorazones bien puestos i el rrenqor pribatibo de las almas chiqas i de los qorazones mal puestos; dejar impune al qriminal es aqzion jenerosa, etz., etz.

Sin embargo, los mismos qe pronunzian estas frases i qe tanto se alarman i protestan quando se ba a qitar la bida

(1) Béase el número 2,297 de *La Libertad Eleqtoral* (Santiago).

a un asesino, nada dizen quando ben qe Chile gasta 20 millones de pesos al año en qomprar armas, pólbora buqes, en mantener qaballos, ombres i demas útiles nezesarios para qazar enemigos, qada uno de los quales es un indibíduo quya bida, en el peor de los qasos, baldria tanto qomo la de un asesino qualqiera. Estos mismos qe proqlaman tan alto la santidad de la bida umana i su absoluta inbiolabilidad son los qe aplauden quando se lebantan estátuas a Pedro Baldibia, a Ernan Qortes o a otros bandoleros semejantes qe tubieron por ofizio el destruir bidas umanas; tampoqo se subleban sus sentimientos umanitarios quando se aniqila, por medio de las balas o del alqool, no ya a un indibiduo, sino a

una rraza entera para apoderarse de sus territorios, qomo a oqurrido qon los aborijenes de Chile, de los Estados Unidos del Norte, etz.

Este rrespeto por la bida de uno, junto qon el desprezio por la bida de muchos, suele tener manifestaziones berdaderamente estrafalarias; tal qosa oqurre en la Qonstituzion de Benezuela, quyo artíqulo 14 dize: «La nazion garantiza a los benezolanos la inbiolabilidad de la bida.» Esta garantía rreza solo qon los asesinos, ya qe ella solo signifiqa qe la justizia no puede qondenarlos a muerte i ejequtarlos; en qambio, estos mismos delinquentes matan unos 250 a 300 inozentes al año, i esto, a pesar de la garantía qonstituzional. En la rreboluzion de

1893 murieron qomo 3,000 ombres, por mas qe la nazion les abia garantizado la inbiolabilidad de la bida umana.

Rresulta, pues, qe el artíqulo 14 de la Qonstituzion de Benezuela es una espezie de franqizia o pribilejio qonzedido a los qriminales (1).

Pero qreo qe no bale la pena de segir aduziendo ejemplos qe patentizen las qontradiqziones pueriles en qe inqurren los defensores de la bida del asesino. Sus argumentos, si es qe tal nombre mereze esta palabrería, no tienen base ni fundamento rrazonable.

---

(1) En Chile el partido llamado rradiqal i el demoqrátiqo anelan porqe se qonzeda esta misma franqizia a los asesinos de nuestro pais.

Basta meditar un momento para ber qe esta qompasion qe inspira el malo, eqibale a falta de ella para qon el bueno; i qe la proteqzion aqordada al primero, es una agresion qontra el último. Para demostrar la íntima qorrelazion qe eqsiste entre estos dos términos, el señor seqretario ponia a poqo el sigiente ejemplo: «Las numerosas personas, dezia, qe anualmente son mordidas por algun perro, de entre los miles qe libremente zirqulan por nuestras qalles, son bíqtimas del amor i rrespeto qe por esos animales siente una gran parte del públiqo. La proteqzion qe las munizipalidades prestan a los perros, dejándolos zirqular libremente por las ziudades, produze la

desgrazia de muchos, qomo son los eridos por ellos.»

Los qe qompadezen al asesino, es indudable qe solo lo qonozen por las desqripziones qe de él azen los fabriqantes de frases sonoras, pero sin sentido, i qe lo presentan qomo una espezie de éroe nobelesqo. Este qonozimiento del delinquente es tan eqsaqto, qomo el qe adqiriria la persona qe, deseando juzgar el qaráqter de Qárlos I, se qontentase qon asistir a una rrepresentazion del Ernani.

Para sentir esa qompasion, es preziso tambien no pensar qe en nuestra soziedad zibilizada miles de inozentes qaen anualmente bajo el puñal del asesino,

de ese anaqronismo de la bida pazífiqa e industrial. Si no se tienen presentes estas eszenas de ferozidad salbaje i sanginaria, qe nos parezen eszepzionales, es porqe rrara bez nos toqa presenziarlas i, por lo mismo, qreemos qe el peligro es rremoto. Pero la estadístiqa abla qon eloquenzia; adiziona las zifras i qonzentra toda la suma de dolores soziales aislados; muestra un qampo de batalla sembrado de qadáberes; rreune en un solo grito de dolor los jemidos de los eridos i el llanto de sus familias i de sus amigos; aze desfilar ante nuestros ojos una triste i melanqóliqa lejion de inbálidos, de uérfanos, de desamparados; nos alumbra qon los destellos siniestros del inzendio, qe destruye la qasa del

millonario i la choza del indijente, miéntras el autor, el delinquente, el debastador, bibe tranqilo i goza de su obra.—(Garofalo).

Qabe aora preguntar:

¿A qién es lójiqo qompadezer? ¿Qién es digno de piedad i proteqzion?

¿El biqtimario o la bíqtima?

Para qe la qompasion tenga rrazon de ser, no basta qe la aqzion qe la produzqa sea dolorosa o sanginaria, qomo el ajustiziamiento de un rreo; es preziso tambien qe ella qause un mal a la soziedad. La mas dolorosa i qruel operazion qirúrjiqa podrá ser rrepugnante i atroz, si se qiere; pero no injusta ni qriminal, qomo qe su fin es dar o tratar de dar la bida a un ombre; la bibiseqzion, qe

tan orribles sufrimientos qausa a los animales a ella sometidos, no puede tacharse de qruel, puesto qe el objeto persegido es altamente umanitario, i la qrueldad qonsiste en la deleqtazion qe se esperimenta aziendo mal a otro.

El oríjen de la piedad i de la qonmiserazion está zimentado en la simpatía, i ésta no puede eqsistir sino entre indibíduos análogos; por eso es natural qe no tengamos piedad para aqel qe en nada se nos pareze. I de aí naze qe en los indibiduos qomo en las naziones en qe los sentimientos morales an adqirido un gran desarrollo, la antipatía por los omizidas es mui biolenta. Tanto es así qe el mayor desenbolbimiento del instinto unibersal de la piedad nos aze mi-

rar qon orror a qien está absolutamente pribado de ella; ese orror i esa instintiba rrepugnanzia aniqilan toda simpatía, qe, qomo es sabido, no rresulta de otra qosa qe de una faqultad o aptitud qe tenemos de rrepresentar en otros el propio estado siqolójiqo de plazer o de dolor.

La gran importanzia qe tiene para el ombre la bida síqiqa qontribuye para qe las desbiaziones o monstruosidades en el órden moral o inteleqtual proboqen una antipatía mas enérjiqa qe las monstruosidades en el órden físiqo bisible. Miéntras los animales rrechazan de sus soziedades a los indibíduos de su espezie aqejados de un defeqto físiqo qe basta para azerlos aborrezibles, los ombres de las rrazas zibilizadas son tolerantes i

qompasibos para los indibíduos aqejados de defeqtos qorporales. Los seres defeqtuosos de querpo no les inspiran orror ni son esqluidos de la soziedad, qosa qe sí azen quando se trata de anomalías síqiqas. I este mismo instinto llega asta el punto de qe nuestra simpatía puede ser mayor por un ser bibiente de otra espezie qe por un semejante, por mas diferente qe sea de nosotros el animal, qon tal qe posea algunas de las qualidades morales qe tenemos en alta estima.

Se siente mas amor por un perro fiel o por un qaballo dózil e intelijente qe por un ombre estúpido o malbado. Los qreyentes de rrelijiones distintas se odian ménos entre sí qe lo qe odian al seqtario irrelijioso.

Por eso quando se presenta un qriminal qompletamente desprobisto de los mas elementales instintos morales, nosotros, por lo mismo qe somos umanitarios i qompasibos, no podemos rreqonozerle qomo a uno de nuestros semejantes ni sentir por él la menor simpatía. A qe muera biolentamente no se oponen nuestros sentimientos de umanidad i qompasion. I así se espliqa el que muchas personas benébolas, afables i jenerosas; muchas mujeres de sensibilidad finísima, qe se saqrifiqan gustosas por los qe sufren, rreziban sin dolor, i aun qon íntima qomplazenzia, la notizia de qe el autor de un qrímen infame a sido qondenado a muerte.

El odio al qriminal es manifestazion

de un mismo útil i elebado sentimiento: el amor a nuestros semejantes. Este mismo sentimiento es el qe impulsa a los ziudadanos de los Estados Unidos a qojer sus armas i asaltar las prisiones, atropellando guardias i forzando puertas, esponiendo de esta suerte su bida, para aniqilar al autor de algun qrímen orrendo. La lei de Lynch es una manifestazion, asta zierto punto biolenta, de eqsaltado amor a la justizia.

Siempre qe beamos alzarse el patíbulo i qaer sin bida al delinquente, no debemos pensar en el qortísimo sufrimiento de un indibíduo abyeqto i perberso, sino qe debe presentarse a nuestra imajinazion el qúmulo de dolores i de martirios

qe qon esa muerte se ebitan a los inozentes i a los buenos.

I ántes de dar rremate a estas tan desordenadas notas, permitidme qe llame buestra atenzion sobre la qreenzia, oi mui jeneralizada, de qe es un aqto qaritatibo el tratar de salbar al delinquente de las penas qe, en defensa propia, le impone la soziedad. Pensar qe se ejequta un aqto filantrópiqo o umanitario quando se aze esqapar al dolor a un ser dañino, es formarse un qonzepto errado de lo qe en rrealidad deben ser la filantropía i la umanidad.

La benefizenzia qe solo tiene por norma de qonduqta la simpatía qe inspiran los qe sufren i el deseo de alibiarlos, perdiendo de bista o despreziando el an-

tezedente de ese sufrimiento, qe es muchas bezes un aqto nozibo para la soziedad, inqurre en numerosas transgresiones del prinzipio de justizia.

El empeñoso afan por qonserbar la bida del asesino i proqurarle mas qomodidades i atenziones qe las qe se prodigan a un indibíduo qualqiera, qonsige destruir la qoneqzion normal qe debe eqsistir entre la qonduqta i sus qonsequenzias, i rreemplazar la justizia por la jenerosidad, aziendo qe la distribuzion de los benefizios no guarde la mas mínima rrelazion qon los merezimientos.

Pareze qe el ideal de estos qompasibos se enzierra en este lema: Es igual ser bueno qe ser malo.

Spencer dize (1) qe despojar de una parte de su trabajo al eqonómiqo, al industrioso i al onrrado para emplearla en mantener a los inútiles i dañinos,—¿i qién mas dañino qe el asesino?—es imponer un qastigo a la birtud, qastigo qe a la larga ejerze una aqzion funesta sobre el bienestar de la umanidad en jeneral.

Es preziso, pues, no olbidar qe la justizia es la forma mas elebada del altruismo i la qlemenzia solo una forma del egoismo.

---

(1) *The Principles of Ethics,* tomo II, pájinas 270-272.

VI

En Marzo i Abril de 1895, qon motibo de los fusilamientos de Alfaro i Qubillos, asesinos de Freddi, i del parrizida Bergara, de Talqa, el amor al asesino llegó a su aqme. Las soziedades obreras, los demóqratas, algunos miembros de la munizipalidad de Balparaiso, las lojias de temperanzia i una gran parte de los diarios políticos del pais, liberales, qonserbadores, rradiqales i demas, se aunaron para protestar qontra la pena de muerte i pedir su inmediata abolizion. Fué su prinzipal argumento, enbuelto en un flujo de palabras, qe todo animal qe padeze dolor debe inspirar simpatía;

qe la simpatía impulsa a obrar en el sentido de suprimir ese padezimiento; i qe, por último, aorrarle un dolor a un sér qualqiera, es un aqto útil i, por qonsigiente, moral.

Sentadas estas premisas, la qonqlusion es obbia: todo aqel qe no qompadeze al asesino i no se esfuerza por qonserbarle la bida i ebitarle padezimientos, es un indibiduo pribado de sentimientos umanitarios i de sentido moral. Para demostrar la falsedad de esta afirmazion, bastará rrepetir lo qe ya emos dicho toqante a la simpatía.

La simpatía, es dezir la rrepresentazion mental del dolor esperimentado por los demas, es la qausa prinzipal de qe nos rrepugne el azer padezer a un sér bi-

biente qualqiera. Esta qonmiserazion qe nos inspira el dolor ajeno i la abersion qe tenemos a qausarlo, está en rrazon direqta de la intensidad de la rrepresentazion mental de ese mismo dolor; por eso, quando la intensidad de esta rrepresentazion pasa de zierto límite, el dolor ajeno se qonbierte en el propio. Este poder rrepresentatibo del espíritu es suszeptible, bajo la influenzia de qausas físiqas, fisiolójiqas i siqolójiqas, de alteraziones positibas o negatibas.

En el qaso del asesino, numerosos faqtores qonspiran a qe esta alterazion se berifiqe en sentido negatibo.

El ombre mas pazífiqo i de qaráqter mas dulze puede qonbertirse en un indibiduo qapaz de matar a sus semejantes,

si se trata de defender su propia bida o sus bienes; los náufragos, aqosados por el ambre, se trasforman en antropófagos i matan a sus semejantes para deborarlos. Ai personas qe se abergonzarian de inflijir un dolor moral qualqiera, una umillazion, por ejemplo, a otro indibiduo, sin aber para ello qausa justifiqada i solo por qapricho perberso, i qe, sin embargo, no trepidan, si se presentan a un qonqurso para obtener un premio o un destino, en azer todos los esfuerzos de qe son qapazes para derrotar a sus adbersarios.

I nadie puede poner en duda qe la biqtoria en un qonqurso se rreduze en último análisis a un dolor moral, a menudo bibísimo, inflijido a los qompeti-

dores desgraziados, lo qe no obsta para qe ni aun el ombre mas umanitario tenga empacho en qausar este dolor a otros; su deseo o su nezesidad de salir triunfante, es mas fuerte qe la rrepresentazion mental de los padezimientos qe los demas esperimentaran qon la derrota.

Estas mismas personas, si forman parte de una qomision eqsaminadora, no tendrán esqrúpulo en rreprobar a un eqsaminando ignorante o torpe, qausando qon esto un dolor moral intensísimo, qomo qe muchas bezes qonduze al suizidio; i si asisten al teatro, tampoqo se abstendrán de silbar a un aqtor o autor, quando qonsideren qe el trabajo, segun su qriterio, es antiartístiqo, por mas qe

este modo de prozeder sea oríjen de padezimientos morales, mas o ménos grandes, de alguno o algunos de sus semejantes.

En las eleqziones, los qe qontribuyen qon su boto a impedir el triunfo de un qandidato, son qausantes del dolor moral qe esperimenta el derrotado, sin qe esto baste para afirmar qe están pribados de sentimientos umanitarios.

En todos estos qasos, i en zentenares de otros qe podrian zitarse, se obserba qe el dolor ajeno, por fuerte qe sea, no nos impresiona desagradablemente ni enjendra un sentimiento de qonmiserazion; fenómeno qe no es difízil espliqarse, teniendo presente qe la rrepugnanzia a inflijir un dolor zesa o disminuye, si

este dolor debe serbirnos para satisfazer una nezesidad o un deseo qe sean mas enérjiqos qe la rrepresentazion mental de él; lo qe eqibale a afirmar qe el dolor de los demas nos impresiona ménos a medida qe nos ba siendo mas útil o qe aqel qe lo padeze nos a qausado o puede qausarnos mayores daños.

Por eso dezíamos qe, en el qaso del asesino, todo qonspiraba a qe sus dolores nos dejaran indiferentes.

Pero nada ilustra mejor esta absoluta insensibilidad para el dolor ajeno, produzida por qausas siqolójiqas, qomo la gerra. Todas las naziones se aperziben para ella, qomprando las armas mas destruqtoras i mortíferas, qomo qe el fin persegido es el de matar el mayor nú-

mero posible de ombres; pero, junto qon prozeder así, prestan muchísima atenzion e inbierten grandes sumas de dinero en la organizazion de ambulanzias i de todos aqellos serbizios qe puedan qontribuir a qe los eridos sean soqorridos qon esmero i prontitud. Esto de gastar dinero qon objetos enteramente opuestos, qe en absoluto es una aberrazion, deja de serlo si se tiene presente qe los pueblos qreen todabía qe la gerra es un prozedimiento útil, nezesario i probechoso, motibos por los quales las qarnizerías de las batallas, en qe se matan i ieren miles de ombres i en qe la suma total de dolores físiqos i morales es enorme, no proboqan la menor indignazion ni lebantan la menor protesta, ni aun de parte de los miem-

bros de las soziedades proteqtoras de animales. En qambio, si se propusiese dejar a los eridos en el qampo de batalla abandonados a su propia suerte, alegando qe despues de aber matado miles de ombres, no balia la pena de molestarse tanto por un número rrelatibamente peqeño de eridos, todos se sublebarian qontra aqto tan inumano. La jigantesqa qrueldad de una batalla no qausa indignazion, porqe se la juzga nezesaria; la qrueldad, qomparatibamente insignifiqante, de abandonar a los eridos a su propia suerte, nos parezeria una orrible inmoralidad, solo porqe la juzgamos inútil i de ningun probecho.

El sentimiento qe anima al soldado en una batalla, impulsándolo a matar a sus

enemigos i a qometer qon ellos toda suerte de qrueldades, es el patriotismo, es dezir, el deseo de qitar a otros sus rriqezas, territorios, etz., o de defender los qe se poseen, sin preoquparse mucho de si los medios empleados para rrealizar este fin son dolorosos o nó. El soldado no se diferenzia en esto de los persegidores de qristianos durante los tres primeros siglos de nuestra éra; de los inqisidores i esterminadores de erejes; de los antisemitas de los paises jermániqos i eslabos; de los antiqleriqales de los pueblos latinos, etz., todos los quales no tenian o tienen en bista otro fin qe el azer, de aquerdo qon sus qriterios, un gran bien a la nazion a qe pertenezian o pertenezen, o a la unanimidad en jeneral.

Los emperadores rromanos, apoyados por la opinion públiqa, mandaban echar a las fieras i desquartizar a los qristianos, porqe los qonsideraban peligrosos para la seguridad del Estado, qomo qe la nueba doqtrina tendia a desprestijiar i echar por tierra a la rrelijion pagana, piedra angular de las instituziones ofiziales i soziales del imperio.

Los inqisidores qemaban erejes porqe qreian firmemente qe así salbaban de las penas del infierno a millones de seres a qienes el mal ejemplo abria podido arrebatar la fe. Los qe lebantaban la ogera para qemar brujos i echizeras, lo azian para salbar a la qomarqa de las epidemias, del ambre i demas plagas qausadas por estos seres maléfiqos. Para todos los

persegidores, los dolores i martirios impuestos a las bíqtimas, no eran nada ni alqanzaban a proboqar simpatía; la gran utilidad del fin anulaba por qompleto la rrepresentazion mental de los padezimientos ajenos, aogando, por qonsigiente, toda qonmiserazion.

Estos aqtos de los inqisidores i demas persegidores de lo pasado,—i bien podríamos agregar de lo presente,—nos parezen abominables, porqe estamos persuadidos de qe los padezimientos impuestos a los persegidos eran inútiles i a nadie rreportaban berdadera bentaja; i porqe tambien abrigamos el íntimo qonbenzimiento de qe estos últimos no eran en rrealidad dañinos ni perjudiziales para los demas ombres.

En qambio, en tiempo de gerra, matar i erir al mayor número de enemigos de la qoleqtibidad a qe pertenezemos, fusilar a los espías, a los desertores i a los paisanos qe se enquentran qon armas en la mano, bombardear e inzendiar ziudades, etz., son aqtos qe merezen nuestra entera aprobazion, aziéndose dignos de enqomio aqellos qe los ejequtan; i todo úniqamente porqe qreemos qe esta manera de prozeder nos rreporta utilidades i bentajas. Nuestro qriterio a este respeqto qambiará radiqalmente, qomo a qambiado toqante a ziertas formas de la esqlabitud (1), a los qombates del zir-

(1) Ai formas de esqlabitud qe todabia subsisten. Así, en los paises en qe el serbizio mi-

qo, etz., el dia en qe llegemos a juzgar inútil la gerra i sin bentaja para nadie; entónzes una batalla nos parezerá la mas rrepugnante de las qrueldades.

Iguales qausas influyen para qe miéntras qonsideremos qe el asesinato es un gran qrímen i el asesino un sér eminentemente dañino, no sintamos la menor qonmiserazion por los padezimientos qe pueda esperimentar, estimando qomo un aqto benefizioso, i por qonsigiente, umanitario, el suprimirlo. Para alterar este modo de pensar seria preziso qe nuestra nozion de delito se inbirtiese asta el punto

---

litar es obligatorio, el ziudadano es esqlabo del estado durante una parte de su bida.

qe el asesinato pasase a la qategoría de una aqzion indiferente.

La qausa qe emos apuntado no es la úniqa qe aze bariar negatibamente la intensidad de la simpatía. No es solo la bentaja i utilidad qe nos rreporta el dolor ajeno lo qe debilita su rrepresentazion mental en nuestro zerebro. La qompasion qe nos inspiran los padezimientos ajenos no guarda rrelazion qon la qantidad e intensidad de ellos. Nuestra abersion a imponer padezimientos tampoqo está en rrelazion direqta de la intensidad i magnitud del dolor produzido. Una suma enorme de dolor padezido por A puede no afeqtarnos tan penosamente qomo lo aria una suma rrelatibamente insignifiqante padezida por B.

Los padezimientos ajenos no son en rrealidad los úniqos qausantes de nuestra qonmiserazion, la qual no se produze sin la qonqurrenzia de zierto número de faqtores de órden interno.

Algunos ejemplos serbiran para ilustrar el punto.

El ombre de sentimientos mas deliqados no tiene el menor inqonbeniente en rrebentar un inseqto qe enquentra en su qamino, i por ello no siente rremordimientos ni orror; en qambio, no podrá azer igual qosa qon un gato o un qonejo, sin esperimentar lástima i qompasion. En el primer qaso no qree ejequtar un aqto qruel, en el segundo sí.

Muchas personas ai qe sienten abersion por la qaza i qe no qonziben qe se

goze en aqosar i rrendir de fatiga a un zorro o a un zierbo, para en segida darle muerte; en qambio, la pesqa les pareze un entretenimiento inozente.

Un pesqador puede ser el éroe de un poema, qomo en uno de Núñez de Arze; pero un jifero no podrá aspirar jamas a esta gloria; ámbos, sin embargo, se oqupan en matar animales mui perfeqtos, qon la sola diferenzia qe el primero les qita la bida asfiqsiándolos i esponiéndolos al aire i a la luz, lo qe para los pezes es un tormento, i el segundo mata las rreses rrápidamente i por un prozedimiento ménos doloroso.

Las matanzas periódiqas de los aborijenes de Afriqa, Ozeanía i Améríqa, lle-

badas a qabo por los europeos, nos impresionan ménos dolorosamente qe la rrelazion de la muerte, a manos de alguna tribu afriqana, de unos quantos esploradores blanqos de moralidad mas qe dudosa.

Las rrelaziones de las qrueldades i matanzas oqurridas durante la gerra chino-japonesa de 1894-95 no proboqaron ningun mobimiento de simpatía entre los pueblos oqzidentales.

Aqí en Chile se leian estos rrelatos sin esperimentar la menor qonmiserazion por los chinos o japoneses qe tan qruelmente padezian; en qambio, no abria sido el mismo el estado de ánimo del públiqo si estos aqontezimientos ubiesen tenido

por teatro a la Franzia, la España, la Italia u otro pais qualqiera de rraza europea.

Estos echos, i muchos otros análogos qe seria ozioso zitar, sirben para poner de manifiesto el prinzipio de la simpatía por semejanza, qe puede enunziarse del modo sigiente:

Esqluyendo toda influenzia ejerzida por qausas espeziales, nuestra rrepugnanzia a inflijir dolor a otro ser i la qonmiserazion qe sus padezimientos nos inspiran son tanto mayores quanto menor es la diferenzia qe desde el punto de bista morfolójiqo i siqolójiqo, eqsiste entre dicho ser i nosotros.

Aora bien, la diferenzia siqolójiqa entre el asesino i el ombre normal es tan

grande qe, a falta de las otras qausas qe ántes emos enumerado, bastaria por sí sola para anular toda simpatía i suprimir la qompasion qe el aqto de qitarle la bida a un ser umano nezesariamente proboqaria en otras zirqunstanzias.

APÉNDIZE

UofM

ALGUNAS RREFLEQSIONES

SOBRE EL QASTIGO

POR

F. H. BRADLEY, OXFORD

Artíqulo publiqado en el *International Journal of Ethics. Devoted to the Advancement of Ethical Knowledge and Practice* (bol. 4.º pájinas 269-284, Filadelfia), qon el título de *Some Remarks on Punishment*, i traduzido literalmente por Enrriqe Andonaegi.

Algunas rrefleqsiones sobre el qastigo

La afirmazion de qe las doqtrinas a las quales ba ligado el nombre de Darwin estan trasformando nuestros prinzipios, a llegado a ser una espezie de lugar qomun. Agrégase tambien, qe los prinzipios morales de la umanidad partizipan de esta trasformazion jeneral. Yo, por mi parte, debo deqlarar qe no dibiso el motibo por qé el darwinismo tenga forzosamente qe qambiar nuestras ideas morales mas importantes: esta doq-

trina no biene a modifiqar el qonzepto del fin, qonsiderado qon rrelazion a la qomunidad o al indibíduo, a ménos qe nuestra manera de pensar en este punto sea la misma qe ya mucho ántes de Darwin abia pasado a ser istoria antigua. En una palabra, puedo afirmar qe, qon rrespeqto a los prinzipios fundamentales de la étiqa, no dibiso el menor asomo de rreboluzion. Es indudable qe el darwinismo a qontribuido a qe muchos se formen un qonzepto del fin mas en armonía qon la rrealidad; pero no puedo admitir qe se diga qe esta teoría a benido a enjendrar o a modifiqar siqiera este qonzepto.

I, despues de todo, es en el mundo moral en el qe el darwinismo puede des-

empeñar un papel rreboluzionario; i esto, no porqe qonspire a trasformar la idea del fin, sino por la influenzia qe puede ejerzer sobre el qriterio qon qe se juzga de la importanzia rrelatiba de los medios; los quales se estiman, dentro del qredo moral ordinario, de aquerdo qon prinzipios enteramente qontrarios a la rrazon. Nuestro qredo moral semeja una mezqla absurda de elementos disqordantes. Tenemos el qódigo moral qristiano; pero en la práqtiqa todos, eszepto unos quantos fanátiqos, rrechazan algunas de sus partes i azeptan otras. Pero, ni aun qon estas rrestriqziones impuestas al ideal qristiano, llegamos a qomprender quán falsa es la esenzia misma de este ideal, de suerte qe quando

rrechazamos este qódigo para zeñirnos en qambio a una norma de qonduqta moral rrelatibamente mas rrazional, qedamos siempre en la misma osquridad i práqtiqamente en la misma qonfusion. Este es prezisamente el punto en qe el darwinismo, qon todas las tendenzias qe bajo esta denominazion se agrupan, pareze llamado a ejerzer su influenzia, la qual, estoi de ello persuadido, tendrá qe azerse sentir qada dia de un modo mas tanjible, obligándonos a rreqtifiqar algunos puntos de nuestro qriterio moral i a bolber ázia un ideal talbez eléniqo, pero en todo qaso no qristiano.

En estas pájinas me propongo qonfirmar estas proposiziones jenerales, azien-

do algunas rrefleqsiones sobre el qastigo.

A poqo dezia qe el darwinismo no a benido ni siqiera a modifiqar nuestra idea del bien supremo, o sea del bienestar de la qomunidad rrealizado en sus miembros. Es indudable qe aqí surje una duda toqante a lo qe debe entenderse por bienestar, el qual puede identifiqarse qon la mera sensazion de plazer, o bien qon un sistema qualqiera, pudiendo, por último, qonzebirse ámbas qosas qomo aspeqtos inseparables de la perfeqzion i de la indibidualidad.

Por lo qe aze a la naturaleza i estension de la qomunidad, es punto sobre el qe se podria aqí disqutir una bez mas; pero no tenemos para qé engolfarnos en esta qontrobersia, i por eso dejaremos,

por el momento, sin definir la palabra bienestar i sin establezer diferenzia entre la qomunidad i el estado (1). Es indudable qe el bienestar de la qomunidad no puede eqsistir fuera de los indibíduos, i qe éstos a su turno tienen derechos i obligaziones solo qomo miembros de la qomunidad.

Este modo de rraziozinar es el elenismo rrejubenezido, o si se qiere, el qonzepto orgániqo de las qosas, tan defen-

(1) Este aserto no es qompletamente berdadero, segun mi entender; pero me pareze serlo sufizientemente para el fin persegido en el presente artíqulo. Si por este motibo fuera nezesario modifiqar i qorrejir algunas de mis qonqlusiones, el leqtor podrá tomarse este trabajo.

dido a prinzipios del presente siglo por el idealismo jermániqo.

Aora bien, me pareze qe el darwinismo no tiene influenzia sobre esta manera de qonzebir el fin; pero qe sí la tiene en llegándose al estudio de los elementos i los medios, puesto qe el darwinismo tiene mucho qe enseñarnos toqante a las qondiziones del bienestar. Todos estamos de aquerdo en qe la qomunidad, aunqe a podido llegar a ser lo qe es, solo en birtud de un desarrollo natural, puede aora de un modo mas o ménos qonziente gobernarse a sí misma, i asumir deliberadamente el papel de su propia probidenzia. No ai, es zierto, uniformidad azerqa de la forma en qe debe ejerzerse esta interbenzion i asta qé punto debe llegar;

pero todos están qonformes en quanto a qe ella en prinzipio es nezesaria.

Si es zierto qe la superbibenzia i el progreso de la rraza an sido debidos a ziertas qausas determinadas, no lo es ménos qe es difízil qonzebir qómo estas mismas qausas an llegado a ser en nuestros dias de tan poqa importanzia qe no balgan la pena de ser tomadas en quenta.

Si una probidenzia estraña a sido qapaz, por dezirlo así, de giarnos asta aqí, de aquerdo qon ziertas rreglas, no ai motibo para qe, apénas llegados a ser dueños i señores de nuestras aqziones, echemos en qompleto olbido aqellas rreglas, tanto mas quanto qe todo nos induze a qreer qe un prozeder diametral-

mente opuesto seria el mas querdo. Qon esto no pretendo dezir qe sea ajustado a rrazon el qe adoptemos oi, de una manera qonziente i sin introduzir la menor alterazion, el antiguo e inqonziente modo de progresar, ya qe es imposible rretrogradar a un estado en qe la rrefleqsion no eqsistia, ni ménos puede una qomunidad permitir qe en su seno se libre, sin traba ninguna, la lucha por la eqsistenzia. Pero, desde el momento en qe abandonamos la línea de qonduqta segida por la seleqzion natural i modifiqamos sus prozedimientos, sostengo qe debemos a lo ménos azer qe nuestra qonduqta se ziña a un prinzipio, de qualqier naturaleza qe sea; porqe no es posible qe así, sin pensar, echemos a un lado

los antiguos faqtores del bienestar, sin saber de antemano qon qé bamos a rreemplazarlos.

Admito qe las leyes del progreso pasado sean modifiqadas i qompletadas por el mismo progreso; pero no qreo qe aya motibo para afirmar qe éstas an llegado a ser qompletamente inútiles e inofiziosas. En todo qaso, pareze simplemente absurdo azeptar este echo así sin demostrazion de ninguna espezie. Pero en nuestra moral i en nuestra política este absurdo es el qe domina. No negamos qe el progreso se a berifiqado en gran parte por medio de la seleqzion natural, i tenemos por qonsigiente qe admitir qe en este prozeso la estinzion de las bariedades inferiores es indispensable;

pero al mismo tiempo, i de un modo ostensible, la qomunidad interbiene en esta lucha i se entromete en esta estinzion, modifiqando de esta suerte el método qe en lo pasado *a produzido* tan buenos rresultados. Si al obserbar esto preguntamos en birtud de qé prinzipio se prozede a este qambio i qé se piensa qoloqar en lugar del método prosqrito, nadie podrá qontestarnos de un modo rrazional. La qompetenzia *à outrance* a sido rrefrenada, i bajo ziertas qondiziones artifiziales pareze qe sanzionamos una lucha entre fertilidades rribales. Obligamos a los tipos superiores a permanezer indefensos i a dejarse derrotar por la fertilidad de los indibíduos mas débiles e inferiores, qompeliéndolos

a mas a qe qooperen ellos mismos al prozeso de su propio aniqilamiento (2). Insistimos de una manera absurda sobre la importanzia de la eduqazion del indibíduo i sostenemos qe las enseñanzas del

(2) Alegar la infequndidad de los qriminales no es dar una rrespuesta satisfaqtoria. La úniqa admisible qonsistiria en demostrar qe el tipo mas elebado es en todas partes de tal manera mas fequndo qe todos los demas, qe esta sola superioridad basta para asegurarle su supremazía. Tal afirmazion seria seguramente rridíqula. Entre aqellos qe de manera irrazional rrestrinjen el prozeso de la seleqzion natural, inqluyo ziertamente a Spencer. Los límites qe deberian imponerse segun él a la qompetenzia me parezen arbitrariamente trazados. La antigua doqtrina metafísiqa de los derechos del indibíduo—doqtrina ya obsoleta a prinzipios de este siglo—apénas puede oi ser qonsiderada qomo un prinzipio rrazional.

darwinismo tienen un qaráqter mas sequndario, i qe su esaqtitud es mas dudosa. Pero, en tratándose del punto qapital, qomo es la supresion de los tipos nozibos, parezemos estar mui dispuestos a entregar nuestra suerte en manos de la probidenzia; i esto, sabiendo qe nosotros mismos somos los llamados e ser esta probidenzia, ya qe deliberadamente emos qonsegido destruir la antigua organizazion probidenzial.

Lo qe en otro tiempo a triunfado no a sido úniqamente una fequndidad superior; el mas fuerte en otro sentido a empleado su fuerza en aniqilar al mas débil. I no se le obligaba por zierto a prestar proteqzion i ayuda al inferior a fin de qe qonsigiese eludir las qonse-

quenzias naturales de sus defeqtos. Se supone seguramente qe lo qe a prosperado a de segir prosperando. Aora bien, ¿quál es la doqtrina políticqa qe deja de interbenir en estos pasados faqtores del triunfo? i ¿quál es tambien la doqtrina políticqa qe al interbenir lo aze en birtud de prinzipios fijos i determinados? I si esto oqurre en el qe podríamos llamar el problema supremo de la políticqa, es porqe toda nuestra organizazion inteleqtual es deplorable, dominando en ella la zegera, la qobardía, la superstizion i una inespliqable qonfusion de ideas. En medio de todo esto lo úniqo qe talbez pueda qonsolarnos es el rreqordar qe en la práqtiqa, despues de todo, los negozios umanos marchan a ziegas. Pero, sea de

esto lo qe se qiera, no es el fin de este esqrito el tratar en jeneral del progreso.

Rreqonoziendo en estas pájinas qe el bienestar de la qomunidad es la lei i el fin supremo, i azeptando qe la seleqzion entre las bariedades es indispensable faqtor de este bienestar, me propongo estudiar sumariamente, i a la luz de estas ideas, el qonzepto de qastigo.

Desde luego, debemos suponer qe el darwinismo tendrá qe modifiqar el modo qomo qomprendemos el qastigo; modifiqazion qe no signifiqa qe tengamos qe abandonar todas nuestras antiguas teorías; ya qe todas ellas—la del esqarmiento, la eduqatiba i la rretributiba—es de presumir qe qonserben algun balor, aunqe en parte tengan qe ser rreem-

plazadas por otras, debiendo a mas subordinarse a un prinzipio mas elebado e importante: el prinzipio qe podríamos llamar de la zirujía sozial.

El darwinismo nos lleba direqtamente a qonzebir el qastigo qomo el derecho i deber qe tiene todo organismo de suprimir sus esqrezenzias perjudiziales. Doqtrina bieja es esta, pero qe qada dia adqiere un signifiqado mas qlaro i una mayor bitalidad. Arranqa de un prinzipio antiguo, qe es la úniqa base segura sobre la qe puede edifiqarse una teoría rrazional del qastigo. La supremazía moral de la qomunidad i su absoluto derecho para disponer de sus miembros son los úniqos fundamentos sobre qe puede

desqansar el qastigo, qomprendido de una manera rrazional.

Pero, siendo esto así, ¿qómo es qe el darwinismo biene a soqabar nuestras teorías i a qonsumar una rreboluzion moral? Tales qosas rrealiza porqe tiende a rromper la union estrecha establezida entre el qastigo i la qulpa. La nezesidad de este maridaje es sostenida todabía de un modo terminante o belado, tázito o esplízito, por qasi todas las teorías del qastigo. Es en rrealidad tan rrazional i fuerte la union entre ámbas ideas, qe al fin de quentas no ai otro qamino qe tomar qe el de rrespetarla nominalmente. Podremos, sin embargo, ampliando la idea i la qosa, llegar a dar el nombre de

qastigo a esa zirujía, qe en aparienzia es rretributiba. Prezisamente, este prinzipio rretributibo, esta absoluta rrestriqzion del qastigo al aqto qriminal, es la posizion mas amenazada por los asaltos del darwinismo, qomo qe de ella arranqa la qonfusion qe biene a enrredar todo este asunto. Por eso, al entrar a dar quenta de algunas de las doqtrinas aqtuales, prestaré poqa o ninguna atenzion a todo lo qe no sea este punto fundamental. Qomenzaré por qritiqar de una bez la teoría rretributiba bajo sus dos formas, la normal i la patolójiqa. Ambas teorías establezen rrelazion nezesaria entre qrímen i qastigo; la primera azepta de lleno i justifiqa esta rrelazion esenzial; miéntras qe la segunda pretende rrecha-

zarla. Pero al fin i al qabo este rrechazo i esta azeptazion tienen el mismo oríjen. El qrímen, de aquerdo qon la forma patolójiqa, no es otra qosa sino una *mera* enfermedad, i por lo tanto debe ser tratado *solo* qomo tal, i rrespetado qomo asta aqí, porqe en rrealidad una enfermedad no qonstituye delito. Pasaré a espliqar este modo de qonsiderar las qosas.

Mas, ántes es preziso eqsaminar la forma normal de la teoría rretributiba, en la qual podemos distingir dos aspeqtos, uno positibo i otro negatibo. El primero deqlara qe el qastigo es qomplemento esenzial del delito; miéntras qe el segundo sostiene qe todos los indibíduos son sagrados, eszepto quando qometen

un qrímen. Yo, por mi parte, soi todabía partidario de la forma positiba de la teoría rretributiba. La doqtrina qe afirma qe el qastigo es una rreaqzion moral, es dezir, la rreaqzion del organismo moral qontra uno de sus miembros rrebeldes, me pareze enteramente satisfaqtoria. Por eso podria rrepetir aqí sin el menor esqrúpulo lo qe aze años dije (1) en su fabor i en qontra de algunos de sus qrítiqos inqapazes de apreziarla en su berdadero balor. Pero la teoría rretributiba pura i simple no es qapaz de funzionar qorreqtamente: en la

(1) *Ethical Studies*, 1 bol. en 8.º Lóndres, 1876 (King).

práqtiqa, si se la toma tal qomo es, rresulta demasiado estrecha i su apliqazion tropieza qon difiqultades intrínseqas. Probienen estas últimas de qe la baluazion de todo echo moral es inzierta; de donde se sige qe si es preziso efeqtuar la medida de un aqto moral, éste se desbaneze i se aze inaqzesible a proporzion qe el qriterio moral interno ba ensanchándose. Por eso, qada bez ba siendo mas difízil medir, de un modo esaqto, en qualqier sentido qe sea, la rresponsabilidad moral. Ateniéndonos a un qriterio moral mas esterno, desapareze el peligro de inqurrir en el eszeso qontrario. No obstante, siempre subsistirá la duda de si nuestro juizio es o no es je-

nuinamente moral (1). I prinzipalmente ai qe luchar qon la tarea de trazar en qada qaso partiqular la línea de separazion entre la boluntaria perbersidad i la inboluntaria enfermedad. Tales difiqultades internas son poderoso esqollo en la apliqazion de la teoría rretributiba.

Si el úniqo medio de adqirir el derecho de qastigar qonsiste en probar la eqsistenzia del qrímen moral, pareze mui difízil estar seguro de qe en rrealidad se tenga semejante derecho. Se be por esto qe si el prinzipio es bueno, su apliqazion

(1) Léanse, toqante a estas difiqultades, las obserbaziones qe estampo en las pájinas 431 i sigientes de mi libro *Appearance and Reality: a Metaphysical Essay,* 1 bol. en 8.º Lóndres, 1893 (Swan Sonneschein and Co.)

en qambio presenta sérias difiqultades, de suerte qe, en parte por esta rrazon, no se pretende jeneralmente apliqar lisa i llanamente este prinzipio. Por eso en la práqtiqa una bez asegurado, qomo qreemos qe lo está, el derecho de qastigar, no desdeñamos prestar oido a otras qonsideraziones; i modifiqamos nuestra sentenzia en bista del bien jeneral. A bezes azemos un esqarmiento i otras dejamos qe la qlemenzia o la polítiqa suplanten en parte a la estriqta justizia, aziendo qon esto qe zese el absolutismo del prinzipio rretributibo. El qastigo a dejado de ser un asunto esenzialmente de justizia i nos emos bisto obligados a azeptar qe ai un deber superior qe nos obliga a ser injustos. Sin embargo, no emos

abandonado la idea aqella de la rretribuzion i el merezimiento; solo sí qe le damos una importanzia sequndaria i la subordinamos al fin prinzipal del bienestar jeneral.

Igual suerte tiene qe qorrer la forma negatiba de la teoría rretributiba, qe afirma qe qastigar a qualqiera qe no sea qriminal es malo porqe es injusto. Pero ¿qómo puede ser esto desde el momento en qe la justizia se qombierte solo en un deber inferior i subordinado? Es ebidentemente injusto el suprimir miembros de la qomunidad qe no son moralmente qulpables, solo porqe ello es bueno i qombeniente para el organismo. Se a qometido entónzes una injustizia qastigando, por lebemente qe sea, a qual-

qier indibíduo, siempre qe entre los faqtores del aqto aya entrado el deseo de asegurar el bien de la jeneralidad. No se puede jugar al tira i afloja qon la supremazía de la justizia; i una bez azeptado qe ésta es un prinzipio inferior i subordinado, no podemos en ningun sentido tratar de qonsiderarla de nuebo qomo absoluta.

Suprimir al inozente es injusto, pero esto no basta de ninguna manera para afirmar qe siempre es malo. Por el qontrario, el suprimirlo será prozeder rreqtamente, siempre qe el bienestar jeneral así lo eqsija. Qomo se be, el lado negatibo de la justizia rresulta ser al fin tan débil qomo el positibo. Los sagrados derechos de la inozenzia qombiértense,

de esta suerte, en algo mui qondizional. Eqsisten asta tanto qe la justizia impera en absoluto i no sufren menosqabo, siempre qe se dé por sentado qe el qastigo debe ser úniqamente qonsequenzia del merezimiento. Pero, desde el momento en qe el bienestar de la qomunidad se toma qomo base de la zirujía moral, la inozenzia no es ziertamente una salbaguardia o una eszepzion para el qastigo. Se puede poner en duda si esta manera de suprimir al indibíduo, sin qe eqsista qrímen, puede en rrealidad llamarse qastigo; pero, justifiqado el echo, no me detendré a disqutir el nombre. Mas bale pasar por alto una question qe no pareze qe pueda tener influenzia sobre nuestra qonqlusion qapital.

Del eqsámen qe aqabamos de azer de la teoría rretributiba en su forma normal, se deduze qe su balidez es meramente rrelatiba, o lo qe es igual, qe la justizia es solamente un prinzipio sequndario de la étiqa.

I en su forma negatiba tampoqo es un prinzipio absoluto. La supresion del inozente puede ser siempre mala, pero este no es sufiziente argumento para deqlarar qe su eliminazion no es merezida (5).

---

(5) La teoría rretributiba en su forma negatiba es, por otra parte, inqonsequente, por quanto en la práqtiqa, i dejando a un lado el qastigo, los indibíduos no son sagrados. La qomunidad se be obligada a qoloqar a algunos de sus miembros en qondiziones desbentajosas, i a inferirles, por qonsigiente, un daño sin tomar en quen-

Pasemos aora a eqsaminar la forma patolójiqa de este mismo prinzipio moral.

En esta question del qastigo se obserba en nuestros dias una zierta manera de rraziozinar i de sentir qe es altamente inqonsequente. Ella qonsiste en azeptar de un modo mas o ménos esplízito la doqtrina qe afirma qe todos los qrímenes, o a lo ménos algunos de ellos, son una simple enfermedad; o mas bien, una desbiazion natural del tipo normal. I, partiendo de aqí, qon toda rrazon se protesta de qe estos defeqtos inboluntarios sean

---

ta si moralmente lo merezen o nó. El Estado se be obligado a ser injusto, i qontra esta injustizia la teoría rretributiba no formula la menor protesta.

imputados al indibíduo i juzgados moralmente. No qabe duda qe nadie puede ménos qe simpatizar asta zierto punto qon esta protesta. Pero, justamente aqí qomienza la qonfusion mas ziega e irrefleqsiba qe puede imajinarse; porqe al protestar qontra el prinzipio de la teoría rretributiba, o a lo ménos parzialmente qontra sus apliqaziones, i al trabajar en segida empeñosamente en la práqtiqa por qonsegir qe una parte de la bida se sustraiga i esqape al dominio de este mismo prinzipio, estos innobadores morales no azen otra qosa qe pisotear la supremazía absoluta de él. Se rrestrinje la justizia en su forma positiba, pero se qonserba su soberanía ilimitada a la forma negatiba. Todos o algunos de los qriminales son

enfermos i por qonsigiente inozentes; i los inozentes son proqlamados sagrados segun las eqsijenzias de la justizia. Deben disfrutar del mismo tratamiento qe se daba a los enfermos quando la sola enfermedad no se miraba qomo qrímen, ni ménos era qonsiderada qomo una de las formas de él.

Semejantes pretensiones i semejante qriterio son de lo mas inqonsequentes qe qabe. Óyese dezir qon frequenzia: el asesino qe está insano no debe ser destruido, pues la mision de la justizia es dar el premio e imponer el qastigo de aquerdo qon los merezimientos de qada qual; i no siendo el loqo un ajente moral, es injusto azerle daño. Pero a esto rrespondo: si no es un ajente moral es obbio qe la jus-

tizia nada tiene qe azer qon sus aqtos, i qe lo justo e injusto no deben tener la menor influenzia sobre la manera qomo dispongamos de su suerte; de modo qe, qon tal de no pretender qastigarle rretributibamente, podemos mui bien eliminarle, si tal medida es la qe pareze ser mas qombeniente para el bienestar jeneral, ya qe la justizia, qomo lo emos bisto ántes, es un prinzipio inferior i subordinado. (5 *bis*).

(5 *bis*) No estará demas adbertir qe el autor toma la palabra justizia en el signifiqado bulgar, i nó en su azepzion biolójiqa. Segun esta última, es justo dar muerte a un loqo qon monomanía omizida i en jeneral a todo sér qe infiere un daño grabe a la mayoría, o qe a ésta qombenga suprimir. La mayoría numériqa—la fuerza—dezide siempre de la justizia o injustizia de un

El tribunal del bienestar de la qomunidad juzga en última instanzia i sin apelazion. Mantener una teoría del qrímen qe pareze suprimir toda rresponsabilidad, de suerte qe siempre sea imposible azer justizia estriqtamente, i en segida, en nombre de la justizia, rreqlamar proteqzion para los malechores i asesinos, es algo qe en rrealidad puede qalifiqarse qomo el último de los absurdos. Es rrazional esta pretension solo porqe biene a rreqlamar una modifiqazion de nuestros prinzipios. Es inqomprensible qe se nos pida qe en nombre

---

aqto. Los artíqulos de nuestros qódigos se fabriqan a gusto de los mas, qe son tambien los mas fuertes. (*N. del T.*)

de la justizia destronemos a la justizia. Pero, si una bez destronada ésta—qomo debe serlo—se presta oido—qomo tendrá qe suzeder—a los diqtados del darwinismo, entónzes sí qe se dará faborable aqójida a los prinzipios de la zirujía moral.

I qon lo dicho podemos ya dejar de mano ámbas formas de la teoría rretributiba.

Aora podemos preguntarnos: ¿ai algo qe dezir qontra el derecho absoluto qe tiene el organismo moral para disponer de sus miembros? Yo por mi parte solo oigo las protestas de la superstizion i de las preoqupaziones. La idea de qe la justizia, es algo supremo i qe qon rrespeqto a los indibíduos el benefizio i el perjuizio

deben qorresponder a los merezimientos; i qe sin esto el uniberso qedaria qomo desqiziado, es una idea popular, i al fin i al qabo una simple preoqupazion. Pareze arranqar de la qreenzia de qe no eqsiste prinzipio alguno superior a la justizia, o del error popular toqante a la absoluta balidez de los prinzipios.

Pero, la nezesaria qolision entre los deberes i los derechos, su fuerza úniqamente qondizional i la subordinazion de todo lo demas al prinzipio úniqo del bienestar jeneral, son berdades qe no pueden ser destruidas.

I, sin detenerme mas en esta qrasa superstizion popular azerqa de la justizia, entraré a eqsaminar el error opuesto. Eqsiste una qreenzia de qe la bida

del ombre,—nó la de los otros animales,—es sagrada. De los dos prejuizios toqante a la justizia, qe emos ya eqsaminado, supongo qe el primero és antiqristiano; pero no así el rreferente a la santidad de la bida umana, qe me pareze ser en gran parte una idea qristiana.

En una disqusion (6) anterior a este artíqulo e puesto de manifiesto el oríjen de este error. El indibíduo en el otro mundo tiene un balor infinito; pero las qosas de este mundo, nuestros intereses i fines umanos, son despreziables i sin balor, de suerte qe los derechos i deberes fundados en ellas desaparezen qomo rrea-

(6) Inédita.

lidades. El bien de la qomunidad, qe en sí mismo qareze de todo balor, no puede qonferir el derecho para inmisquirse en la qonduqta de sus miembros, qada uno de los quales, por otra parte, es, por dezirlo así, una emanazion de la probidenzia. La biolenzia, de por sí inmoral, o a lo ménos inmoral para nosotros los ombres, se nos tiene proibida, i solo se deja en manos de la dibinidad para qe la emplee quando sea de su agrado. Entrar a qritiqar aquí esta teoría seria supérfluo, pues basta qon enunziarla: esa es su mejor qrítiqa. Desde el momento en qe se admite qe la bida de este mundo es un fin en sí, qae por tierra la teoría puramente qristiana. Los indibíduos, medidos segun este fin i de aquerdo qon este pa-

tron, tienen balores diferentes, i el de qada uno de ellos es solo rrelatibo ỉ en ningun qaso infinito. I, qomo ya ántes lo bimos, la qomunidad es la probidenzia de sí misma, de suerte qe ante sus derechos el indibíduo no es sagrado.

Qon lo dicho dejaremos el error qristiano i entraremos a eqsaminar una nueba forma de error. El indibíduo tomado qomo tal puede azeptarse qe tiene derechos positibos i negatibos; derechos qe no probienen de otro mundo, pero qe le son, sin embargo, inerentes independientemente del lugar qe oqupa en la qomunidad. Pero, en este sentido, tanto el indibíduo qomo sus derechos no pertenezen indudablemente a este mundo de los ombres, i por qonsigiente, no eqsisten

en ninguna parte, salbo qe eqsistan en algun otro mundo. En una palabra, son superbibenzias de una metafísiqa antiquada, sobre quyo prinzipio bital no insistiré mas. Los derechos de estos supuestos indibíduos, una bez qoloqados en una qomunidad, tienen nezesariamente qe entrechoqarse, e inútil será quanto se aga para ebitar semejante qolision; rresultando qe nuebamente llegaremos a la imposibilidad de allar una base segura sobre qe establezer el deslinde qe fije quándo esta mútua interferenzia es lejítima, i quándo no lo es. Aze zien años qonsiderábase este punto qomo question abierta i disqutible, pero en nuestro tiempo a dejado de ser ámbas qosas. Los derechos del indibíduo no alqanzan a me-

rezer oi ni siqiera qe se les qritiqe sériamente.

Qabe aora preguntar: ¿qé qonqlusiones permite formular todo lo anterior? Las sigientes: qe el bienestar de la qomunidad es el fin i la norma suprema a qe debe ajustarse la qonduqta; qe el derecho qe tiene sobre sus miembros el organismo moral es absoluto; qe su deber i su derecho le autorizan para disponer de sus miembros qomo mejor le parezqa; qe, en rresúmen, su derecho i su deber son los qe le mandan ser su propia probidenzia; i, por último, qe todo lo qe ba qontra esta doqtrina es, qomo ya lo emos bisto, pura superstizion.

Por otra parte, el darwinismo, si es qe en su nombre podemos ablar, sujiere aun

otra qonqlusion. Nada nuebo puede dezirnos toqante al fin, pero sí puede ablarnos qlaro qon rrespeqto a algunos de los medios, qomo qe nos enseña qe una qondizion del bienestar es la seleqzion del mas apto, agregando de un modo terminante i qlaro qe la seleqzion signifiqa el rrechazo de las bariedades inferiores. I, desde qe aora somos nuestra propia probidenzia, el darwinismo nos supliqa, en nombre de la probidenzia, qe rrefleqsionemos. I, a medida qe, qumpliendo qon esta súpliqa, rrefleqsionamos bamos qomprendiendo lo mucho qe trabajamos para destruir los faqtores del bienestar i lo poqo qe nos preoqupamos de aumentar las qondiziones nezesarias a su eqsistenzia. Así, toqante al qastigo en partiqu-

lar, el darwinismo afirma, de un modo qe no deja qasi lugar a duda, qe el qastigo debe inspirarse direqta i prinzipalmente en el prinzipio de la zirujía moral.

La estirpazion de las esqrezenzias patolójiqas,—de las bariedades dejeneradas, —es obligatoria de aquerdo qon el qriterio darwinista; el qual asimismo insiste, en qonformidad qon este mismo prizipio, azerqa de la nezesidad qe ai de rreformar nuestra doqtrina del qastigo, de suerte qe se armonize qon la rrealidad i no esté plagada de inqonsequenzias. Esta es la qonqlusion qe nos permite formular el darwinismo; fáltanos solo indagar si ella es falsa o nó.

La qonqlusion puede ser errónea por abarqar solo una parte de la berdad.

Puede ser falsa por el echo de ser parzial. El bienester de la qomunidad es el supremo i úniqo fin. Solo desde este punto de bista se pueden formular algunas objeziones, qomo ser: qe ai otros intereses, otros elementos en el fin moral, i otras qondiziones del bienestar.

Talbez se nos diga qe el darwinismo en toda su estension no puede eqsistir i obrar dentro de la bida sozial, puesto qe esta misma bida sozial tiene qondiziones espirituales de importanzia mas qapital qe la supresion de las barieda-des inferiores; i, por último, qe la zirujía étiqa nos llebaría a inzindir mas profundamente de lo qe el darwinismo piensa, pudiendo al fin qortar ese bínqulo moral qe mantiene a la qomunidad

unida i formando un solo querpo. Esta qonqlusion es franqa i esplízita, pero boi a tratar de azerla aun mas qlara. Para eso ai qe preguntar primero qé qosas enseña el darwinismo i qé qosas no enseña. El leqtor me permitirá detenerme en puntos qe parezen ebidentes por sí solos.

El darwinismo, qorreqtamente interpretado, no enseña qe aya qe bolber al estado de la naturaleza. Desde el momento en qe una qomunidad qualqiera se preoqupa de sí misma i de sus miembros, es porqe ya a salido del estado de agrupazion primitiba e inqonsziente, ya qe una qomunidad de esta naturaleza se propone, de un modo mas o ménos qonsziente, alqanzar un fin determinado. Esto

basta para qonbertirla, asta zierto punto, en su propia dibinidad i probidenzia. Por otra parte, el darwinismo no asigna límites fijos e inbariables a los derechos de la qomunidad; i no insinúa tampoqo qe ésta deba qonqretarse a protejer personas i propiedades.

Elebar la simple qompetenzia a la qategoría de prinzipio fundamental, i en segida prosqribirla en su forma de biolenzia mas qaraqterístiqa, no seria rrazional; pero si, por otra parte, el estado puede rreprimir la biolenzia, es qlaro qe puede tambien suprimir las otras formas del qombate. El darwinismo no enseña tampoqo qe la eduqazion tenga un balor supremo. No qabe duda qe la eduqazion obra qomo un medio

para saqar abante a los mas aptos i azer qe se alqanze el desarrollo mas qompleto de las faqultades del indibíduo; pero, el darwinismo trepida en afirmar qe su efiqazia baya mas allá de esto.

En todo qaso, i qomparada qon la supresion de las bariedades inferiores, la importanzia de la eduqazion pareze ser peqeña. Es preziso agregar qe el darwinismo tampoqo prediqa el egoismo unibersal, ni lo proqlama qomo un echo, ni ménos trata de inqulqar qomo un deber moral el qererlo todo para sí; por el qontrario, demuestra qe la asistenzia mútua i la aqzion en qomun, aqompañada de una dósis mas o ménos grande de altruismo, son qondiziones nezesarias del bienestar en su mas alta azepzion.

En rresúmen, el darwinismo nos enseña qe en el qonjunto de los fenómenos soziales el prinzipio de la qompetenzia a llegado a qonbertirse en un prinzipio subordinado, perdiendo su qaráqter de absoluto i biniendo a qedar dominado por otro mas qapital, qomo es el de la qonbenienzia jeneral (1). Soqorrer al desbalido, benebolenzia, qaridad

(1) El darwinismo no enseña el dogma del egoismo nazional o de la tribu. Estimar a los indibíduos ajenos a mi grupo sozial, a la umanidad i a todos los seres sensibles en jeneral, no son ziertamente sentimientos qe estén en pugna qon la doqtrina darwinista. Si no e tratado estos puntos en el testo, es porqe me a parezido mejor, en bista de la qlaridad de la argumentazion, simplificar en lo posible la question.

i qompasion son qualidades qe el darwinismo proqlama qomo qondiziones nezesarias para el bienestar sozial. Estos prinzipios no son absolutos, lo rrepetimos una bez mas, sino rrelatibos i subordinados al fin jeneral.

Tal es el motibo por el qual el darwinismo, junto qon rreqomendarnos las bentajas de la zirujía moral, rrechaza qon indignazion el qargo qe se le aze de falta de benebolenzia, pues a esto podria rresponder qe la berdadera benebolenzia qonsiste en persegir qon rresoluzion infleqsible el bien jeneral.

A su turno, el darwinismo podria rrepliqar qe no eqsiste nadie mas qruel qe el filántropo; nadie mas insensible a los dolores umanos i mas sanginario qe el

sentimental; nadie mas falto de piedad qe el qe se aferra a los prinzipios qristianos; i qe en un mundo rrazonable no es posible tachar de qruel al zirujano.

En otro planeta, si os plaze, bien puede ser qe todo pase de otra laya; pero por lo qe aze al nuestro, i segun nuestro entender, es nezesaria e inebitable zierta dósis de rrigor. I si es qe pensamos desempeñar, qomo es nuestro deber, el papel de probidenzia, nos beremos qompelidos por qomision o por omision a inflijir dolor a álgien. Luego la línea de qonduqta ménos qruel i mas qaritatiba qe podemos segir, i el medio mas seguro i efiqaz de qe disponemos para alibiar los sufrimientos, qonsisten en tomar en quenta úniqa i esqlusibamente las qon-

diziones qe son bentajosas para la jeneralidad, i sobre las quales el darwinismo nos brinda una doqtrina positiba, qomo es la de la nezesidad de una seleqzion qonstante, pues sin ella es imposible progresar i ni aun impedir la dejenerazion de la espezie. Esta seleqzion qonsiste en la destruqzion de las bariedades inferiores o a lo ménos en el impedimento qe se les pone para qe puedan rreproduzirse.

No basta qe en qada jenerazion los indibíduos mas aptos oqupen el primer lugar, puesto qe esto no garantiza en manera alguna qe la jenerazion próqsima tenga qe deszender de estos mismos indibíduos.

Si de esta suerte qomprendemos nues-

tra mision de probidenzia, bien puede dezirse qe la emos qonbertido en juego de niños. El darwinismo afirma qe esto no basta i qe la soziedad, al prozeder en nuestros dias de esta suerte, inqurre en grabísima falta, tanto por qomision qomo por omision. I no qontenta qon esto, la soziedad trabaja direqtamente en prestar proteqzion i fomentar el mal. Asegura de un modo artifizial la eqsistenzia i la propagazion de los ménos aptos, i al mismo tiempo qausa daños i molestias a los mas aptos, a fin de qe qontribuyan à la rrealizazion de este perjuizio jeneral. Qontra semejante prozeder perberso i rruinoso protesta el darwinismo, e insiste al mismo tiempo sobre la nezesidad de las amputaziones soziales. La qonfi-

nazion absoluta o bien la mutilazion de los peores espézimens no es una qompensazion satisfaqtoria, porqe pareze absurdo echar sobre la qomunidad la pesada e inútil qarga de sus bidas, desentendiéndose, por otra parte, mui a menudo de otras qonsideraziones. Mantener qon bida a un sér, pribándole al mismo tiempo de las qondiziones qe le permitan ser feliz, es indudablemente inflijirle el mas espantoso de los sufrimientos.

Esqusable seria el espedir tal sentenzia, qe es peor qe la muerte, si ella fuese nezesaria i no se dispusiera de otro rrequrso; pero en los demas qasos seria la mayor e inesqusable qrueldad. Arranqar del organismo sozial, qomo por una espezie de ligadura, a uno de sus miem-

bros, sensible e infelizmente qonziente, durante toda su bida para rretardar solo el momento de su muerte, pareze ser el mas bárbaro de los espedientes. Qomparado qon él, la quchilla del berdugo nos pareze umanitaria i bienechora. Esto de la prision a proboqado siempre en mí un mobimiento de indignazion.

Qe aya ombres qe aborrezqan la pena de muerte, no es qosa sorprendente, pues, aparte de las superstiziones rrelijiosas i metafísiqas, admitimos qe dicha pena es una terrible nezesidad; pero qe estos mismos ombres no esperimenten, por otra parte, la menor qompasion, aun mas, qe aplaudan i sanzionen una prision de largos años i talbez perpétua impuesta a un semejante qe qeda así qon-

bertido en un enterrado bibo, es qosa qe me pareze de lo mas rrepugnante, i qe pone qlaramente de manifiesto nuestro estado de qonfusion moral i nuestro torpe sentimentalismo. Nada ai qe qaraqterize mejor nuestro modo de ser moral, qe ese espanto qon qe uimos de un mal qe no podemos ignorar, i esa fazilidad qon qe olbidamos los mas grandes orrores, qon tal qe no bengan a presentarse brutalmente a nuestra bista.

¡I quán a menudo qubrimos qon el rropaje de la qompasion el ídolo abominable de una qrueldad estúpida! Pero la naturaleza umana siempre se inqlina a ebitar las soluziones qategóriqas i fundamentales. La bida se alla asaltada por

todas partes por qrueles nezesidades, i elejir entre ellas la qe es ménos qruel, es el úniqo medio rrazional de praqtiqar la benebolenzia. Para el sentimentalista es imposible, sin embargo, tratar un problema qon ánimo rresuelto.

Aora bien, no niego qe qontra estas eqsijenzias de la zirujía moral se puedan azer objeziones rrazonables, qomo qe nuestro rremedio aqarrearia indudablemente algunos males. Choqaria, en primer lugar, no solo qontra la superstizion, sino tambien qontra muchos sentimientos berdaderamente morales; pero esto de ninguna manera signifiqa qe este rremedio biniese a impedir o a infundir desaliento en la rrealizazion de las berdaderas obras de qaridad, i mucho ménos

a fomentar en el menor grado la qrueldad físiqa. Nuestro rremedio solo pronunziaria i llebaria a la práqtiqa la sentenzia sigiente: «Tú, Pedro, i tú, Juan, sois espézimens peligrosos i, por qonsigiente, debeis marcharos en paz.» Probablemente agregaria tambien qe ai algunos niños en el mundo qe están de mas, qe por sus qualidades no son qombenientes para el organismo sozial, i quyo oríjen, por otra parte, es fatal, por no dezir otra qosa, i qe por lo tanto debe rreusarse, segun nuestro qriterio, el mantenerlos a qosta i en perjuizio del públiqo.

Esta manera de pensar eriria una gran masa de sentimientos morales, i orijinaria, por lo tanto, una zierta suma de su-

frimientos i de males; pero en esta materia nuestros sentimientos son en gran parte qonbenzionales i, por lo mismo, pueden mui bien ser modifiqados. I, en todo qaso, no es el fin de nuestro sér el ebitar todos los desagrados morales qe puedan produzirse.

Lo esenzial está en dezidir ázia qé lado se inqlina la balanza del perjuizio. La zirujía moral, medida qon el qartabon del bien de la qomunidad, ¿es el mayor o el menor de dos males inebitables?

Es preziso esqojer entre los rresultados qomplejos de dos maneras alternatibas de prozeder, sobre las quales no pretendo emitir un juizio detallado. No qiero tampoqo esponer ninguno de los rresultados a qe mis rraziozinios me an qon-

duzido, i me limitaré a insistir sobre la nezesidad de prestar rrefleqsiba atenzion al problema qe nos oqupa. Me daria por satisfecho si ubiese qonsegido probar qe las rrazones en nombre de las quales la zirujía moral rreqlama ser oida, no son de aqellas qe pueden en todo qaso ser desatendidas o ignoradas, por mas inqombenientes qe se las qonsidere (8).

---

(8) No es rresponder satisfaqtoriamente dezir qe despues de todo, i no obstante el desprezio de estos prinzipios, emos logrado llegar al grado de progreso qe se obserba en nuestros dias, puesto qe las qondiziones en qe el progreso se a berifiqado no an permanezido las mismas i diariamente están qambiando, i en gran parte de un modo desfaborable. Las rrestriqziones positibas puestas al aumento de la poblazion por las pribaziones i las enfermeda-

Despues de esto podria echárseme en qara qe en rrealidad no formulo ninguna indiqazion práqtiqa qon rrespeqto a este punto de moral.

Este rreproche seria justo. Pero yo por

---

des, obran qomo una seleqzion de las bariedades mas fuertes; pero qada dia estos faqtores positibos ban debilitándose. Oi es mucho mas fázil para los indibíduos débiles i enfermos sobrebibir i rreproduzirse. Miéntras mantengamos el «libre qambio» en esto de la rreproduqzion i apliqemos a las qrias el proteqzionismo, la lucha irá tomando qada dia un qaráqter mas espezial i qombirtiéndose simplemente en una batalla entre dos fertilidades rribales. I ai qe obserbar qe los indibíduos moralmente superiores se abstienen qada bez mas de entrar a esta liza. No qreo qe jamas en los tiempos pasados ayan prebalezido qondiziones semejantes.

mi parte qreo qe en una disqusion étiqa toda proposizion práqtiqa es impertinente. Por otra parte, jamas e pretendido ser un ombre práqtiqo; soi eszéptiqo por lo qe toqa al balor qe puede tener una filosofía moral en el qampo de la práqtiqa, motibo qe me induze a no desperdiziar mi insiguifiqante enerjía en formular proyeqtos de rreformas práqtiqas. Soi un ombre teóriqo i nada tengo de proyeqtista; si e de ponerme en rridíqulo, prefiero qe esto sea en una forma i por una qausa qe esté en armonía qon mis gustos.

Pero ¿qé podria dezir o qé qonsejo podria dar qe saliese de la mas solemne bulgaridad i del mas manoseado lugar qomun? Es propio del ombre querdo

estudiar atentamente el pro i el qontra de toda question, i ántes de dezidirse a praqtiqar una operazion, pesar qon espíritu qrítiqo el balor del diagnóstiqo. Solo los nezios permiten qe los males sigan su qurso sin ponerles atajo. Justo es qe esperemos i obserbemos, pero tambien es rrazonable qe no olbidemos algo qe es digno de reqordar. Los planes rradiqales de rreforma no tienen en jeneral absolutamente nada de rradiqales, si es qe el darwinismo está en la rrazon; qon ellos podrian alibiarse o agrabarse los síntomas, pero sin alqanzar de ninguna manera a llegar asta la misma enfermedad i qurarla.

Si el darwinismo se preoqupase de azer zitas en griego, nos diria qe rre-

qordásemos lo que todabía en todas partes es el rrasgo qaraqterístiqo del charlatan i del farsante.

Θρηνεῖν επῳδὰς πρὸς τομῶντι πήματι

Por lo qe a mí toqa, i en mi qaráqter de espeqtador, tengo muchos sentimientos qe no me preoqupo de oqultar. Me duele la qrueldad estéril de nuestras prisiones i me disgusta la imbiolable santidad del demente perjudizial; qonsidero qe es lanzar un insulto desbergonzado a la probidenzia el qonzeder al indibíduo el derecho de infestar libremente a la qomunidad qon sus qrias enfermas, i el imponer al estado el deber de mantener al por mayor i sin rrestriqzion de nin-

guna qlase a una prole mezqlada i mui poqo esqojida (9).

Una soziedad qapaz de soportar semejantes qosas mereze la dejenerazion qe la aqeja. I no es qe falten adbertenzias azerqa de los peligros qe entraña la qonserbazion de ziertas doqtrinas morales i lo qonbeniente qe seria bolber a adop-

(9) Puede afirmarse, sin temor de errar, qe la qaridad i la benefizenzia qontribuyen prinzipalmente a dar a los indibíduos mas abyeqtos i degradados de la qomunidad las fazilidades nezesarias para qe biban, se rreproduzqan i dejen tras sí una deszendenzia de siqópatas, biziosos i qriminales de todas qlases; deszendenzia qe la soziedad qria i eduqa qon esmero en establezimientos espeziales, qomo si se tratase de algunos seres útiles i benéfiqos. (*N. del T.*)

tar en parte rreglas de qonduqta mas antiguas, pero ménos impraqtiqables qe las aqtuales.

Ai teorías de Platon qe, en mi sentir a lo ménos, parezen ir dejando qada dia de ser un anaqronismo para qombertirse en una profezía.

T. H. Bradley

Merton College, Oxford.

P. S.—Despues de esqrito el artíqulo anterior, e leido la qrítiqa qe en el número de oqtubre de 1891 del *International Journal of Ethics*, me aze el rreberendo Mr. Rashdall, el qual me pareze qe a entendido mal la teoría qe ataqa.

Sostiene qe yo defiendo una teoría intuitiba del qastigo (p. 22), qon lo qual, segun qreo, qiere dezir qe ella está basada en alguna abstraqzion aislada. Esto lo allo estraño, pero mas estraño parezerá talbez qe se me eqsiba qomo sostenedor de qe el qastigo qonsiste en inflijir dolor qon el úniqo fin de azer sufrir. A lo ménos no puedo interpretar de otro modo su lenguaje.

Aora bien, e dicho qlaramente qe el qastigo qonsiste en la supresion del qrímen, i por ende del qriminal; pero ize notar qe la negazion es inqonbeniente, salbo el qaso qe ella sea lo opuesto de la afirmazion moral positiba *(Ethical Studies*, p. 25). Es qlaro qe el dolor aqompaña jeneralmente a la forma negatiba

del qastigo; del mismo modo, presumo, qe una zierta suma de plazer aqompaña jeneralmente a la forma positiba. El dolor, en una palabra, es un aqzidente de la rretribuzion; yo nunqa e pretendido otra qosa, i aun no me doi quenta de aber echo de él ni siqiera un aqzidente inseparable del qastigo. Si a un qriminal qe desafía a la lei se le mata de un balazo en el zerebro ¿tendremos qe afirmar qe si no a abido dolor no a abido tampoqo rretribuzion? Parézeme qe mi qrítiqo tiene una «teoría intuitiba» rrespeqto de mis opiniones.

Partiendo de lo qe juzgo un qonzepto falso, la qrítiqa de Mr. Rashdall no alqanza a qonsegir su objeto; por eso no trataré de segir a su autor en todos los

detalles, i me limitaré a añadir algunas rrefleqsiones azerqa del qastigo inflijido por el Estado.

El qastigo no desqansa en una abstraqzion: es la rreaqzion de un organismo moral, el qual siempre tiene un qaráqter partiqular i qonqreto; de suerte qe el aqto qastigado es siempre una rrebeldía de una naturaleza espezial i qonqreta. Es indudable, por qonsigiente, qe las sumas bariables de rreaqzion rreqerida se manifestarán de aquerdo qon este prinzipio jeneral. Es el bienestar de qada estado espezial el qe biene a dezidir de la suma del daño a qe se a echo aqreedor el ajente. No allo, por otra parte, difiqultad en el aumento o disminu-

zion qe éste puede esperimentar en birtud de qonsideraziones ajenas a las qe se fundan en el merezimiento. Pero desde el momento en qe el bienestar del estado, i no el merezimiento, es el qriterio qe gia la imposizion del qastigo, aré notar qe semejante aumento o disminuzion será menor de lo que se podria imajinar. Admito asimismo qe, por ejemplo, en qasos qomo el del perdon, se disminuya el qastigo, disminuzion qe me pareze no oqasiona difiqultades rreales, qomo qe es un simple qaso de qolision de derechos i deberes entre sí, en la qual triunfa el derecho i el deber superior de ser injusto en esta zirqunstanzia espezial. En último qaso, todo lo qe se eqsije es qe admita-

mos qe la penalidad modifiqada de esta manera no es lo qe se llama qastigo, estriqtamente ablando.

En fin, puedo dezir qe bien poqo tengo qe qorrejir a la antigua esposizion de mis teorías, eszepto una qe otra espresion un tanto parzial i eqsajerada.

FIN

Q. NEWMAN

NOTAS SUELTAS

SOBRE LA

PENA DE MUERTE

QON UN APÉNDIZE

DE

F. H. BRADLEY

INTITULADO

Algunas Refleqziones sobre el Qastigo

SANTIAGO DE CHILE
Imprenta i Enquadernazion Barzelona
Moneda, 25-G a M

1896

A. E. SALAZAR I Q. NEWMAN

Informe sobre algunas aguas de los zerros de Balparaiso. Balparaiso, 1887. En 8.º

Rresultado del eqsámen qímiqo i baqteriolójiqo de algunas aguas de Chile, 1886-1887. Un quadro en folio.

Notas sobre el espirilo del qólera asiátiqo (Bacillus Komma de Koch), qon 7 fotomiqrografías de este miqroorganismo, orijinales de los autores. Balparaiso, 1888. Helfmann. En 8.º

Eqsámen qímiqo i baqteriolójiqo de las aguas potables. Obra ilustrada qon 127 grabados, 16 fotomiqrografías i fotogramas de qultibos, orijinales de los autores. Lóndres, 1890. (Burns and Oates). En 8.º, de 513 pájinas.

Sur la conservation des dissolutions de l'acide sulfhydrique. (Bulletin de la Société Chimiqe de Paris, 3.ª série, tomo VII, pájinas 334 i sig.)

La oqsidazion del H^2 S disuelto en agua. Santiago, 1893. Imprenta Barzelona. En 8.º

Informe sobre el agua de la Qebrada Berde. Santiago, 1893. Imprenta Zerbántes. En 8.º

El ielo qe se qonsume en Balparaiso. Santiago, 1893. Imprenta Barzelona. En 8.º

L'aria nei Teatri Odeon e Vittoria (Balparaiso), Municipale. (Santiago). *(Revista Internazionale d'Ijiene,* tomo VI, pájinas 193 i sig.; *L'Ingegneria Sanitaria,* tomo VI, pájinas 116 i sig.)

LIBRERIA "LA ILUSTRAZION"

Qalle de Condell, N.° 179

BALPARAISO

La Enerjia Meqániqa trasportada por la eleqtrizidad, por LUIS L. ZEGERS, profesor de físiqa jeneral en la Unibersidad de Chile. En 8.°. 20 zents.

Esposizion Elemental de los Prinzipios Fundamentales de la Teoría Atómiqa, por el DR. G. DENIGES, profesor agregado de la Faqultad de Medizina de Burdeos. Bersion qastellana de MANUEL A. DÉLANO, qapitan de artillería, miembro de la Société Chimique de Paris, sozio onorario del Qolejio de Farmazéutiqos de Madrid, etz. En 8.° 20 zents.

Introduqzion al Estudio de la Qimiqa Jeneral. Leyes i Teorías Qimiqas, Nomenqlatura i Notazion, por MANUEL A. DÉLANO, qapitan de artillería, etz. En 18.° 20 zents.

Un Qapitulo de Qimiqa Médiqa. Monografía del Oqsijeno, Ozono, por EL MISMO. En 18.° 20 zents.

Qonférenzias sobre la Teoría Atómiqa, por EL MISMO. En 18.° 20 zents.

La Rreforma de la Ortografía Qastellana, por J. JIMENO AGIUS. En 18.° 5 zents.

Estudios de Fonétika Kastellana, por el Dr. FERNANDO ARAUJO, korrespondiente de la Rreal Akademia Española. En 18.° 20 zents.

Notas sobre la Rreforma Ortográfiqa, por QÁRLOS QABEZON. En 18.° 5 zents.

Sovre la V i la B en castellano, por ALBERTO LIPTAY, doctor en medicina de la Universidad de Michigan. En 18.° 10 zents.

La Lenqua Católica o sea Proyecto de un Idioma Universal sin construccion Gramatical, por EL MISMO. En 8.° 50 zents.

El Kuerbo de Edgar Allan Poe, tradukzion kastellana de A. PÉREZ BONALDE, korrespondiente de la Rreal Akademia Española, akompañada del testo ingles. En 8.° 5 zents.